

## **Desde Cristo hasta la Iglesia. A propósito de anotaciones de J. Ratzinger\***

IGNACIO JERICÓ BERMEJO

¿Qué título colocó en 2012 el papa Benedicto XVI, Joseph Ratzinger, a aquel pequeño volumen suyo sobre Jesús de Nazaret? Lo denominó simplemente así: *Jesus von Nazareth. Prolog. Die Kindheitsgeschichten*<sup>1</sup> [Jesús de Nazaret. Prólogo. Los relatos de la infancia]. Fue la editorial Planeta la que por su cuenta lo vendió a los españoles titulándolo simplemente: *La infancia de Jesús*. Ahora bien, ¿no es acaso sorprendente que Ratzinger calificara a esta obra suya como prólogo? Al ser este librito pequeño y último de la serie de tres, ¿no habría sido mejor bautizarlo en todas partes como epílogo? Ciertamente es que en la edición alemana que él escribió y mandó publicar aparece este librito como prólogo. Aquí no se debe discutir. El derecho del título lo tiene el autor.

De todas formas, ¿por qué la editorial Planeta impuso a los españoles tener que comprar este libro bajo el título de *La infancia de Jesús*? A la vez se entregaron a las librerías el original y las traducciones. Una de dos, o la editorial española solicitó al Papa poder editar su obra de otra forma, por ejemplo con el simple título de *La infancia de Jesús* y el autor accedió o no lo solicitó. Si sucedió esto último, pienso que hacer lo que se hizo con la edición española no es de recibo. Lo confieso: a mí me desagradó tener que comprar un libro, me desagradó por cierto siempre, que un editor se arrogue para sí lo que en justicia pertenece al autor. Ahora bien, y hablo sólo de posibilidades, ¿no pudo ocurrir que entrevió la editorial española que, dado que este libro tercero de Ratzinger, no tenía que haber sido catalogado estrictamente como prólogo por aparecer al final, sino como epílogo, que es como se suelen concluir en ocasiones los libros?

---

<sup>1</sup> Cf. RATZINGER, J. (BENEDICTO XVI), *La infancia de Jesús* (Barcelona 2012) 6.

Esto lo coloco yo ahora como una posibilidad que así las cosas yo no descartaría. ¿Sabía esto la Editorial Planeta? Esto no lo sé.

### **1. Pero, ¿se escribirá tras la publicación de este prólogo un epílogo?**

Una vez adquirido este trabajo de Ratzinger, me pareció oportuno realizar unas reflexiones sobre ese breve estudio dedicado ciertamente a la infancia de Jesús. Y esto hice sin perder de vista lo ya dejado escrito por Ratzinger en sus volúmenes primero y segundo; es decir, en los aparecidos en 2007 y 2011. Una vez que he realizado la enumeración de las cuestiones dignas de ser señaladas, opté por intentar escribir un artículo. Al estar redactándolo no rechacé en principio la posibilidad de publicarlo. Como las prisas y las precipitaciones suelen ser malas consejeras, decidí de momento esconder aquello por mí escrito. Lo consideré como archivado comprometiéndome conmigo mismo a volverlo a leer pasado un año, momento en el que decidiría si encontraba conveniente su predicación o no. De todas formas, ¿no debería esperar mientras a ver si lo que a mí se me había ocurrido decidía o no decidía realizarlo por su cuenta el propio Ratzinger; es decir, terminar aquella su obra con un librito a la manera de epílogo, de la extensión más o menos parecida a la del que llamó prólogo. Desde el primer momento tuve el pensamiento de que ello era lo conveniente.

#### **a) La sorpresa**

Desde el principio, concretamente desde la misma aparición del tomo primero de su Jesús de Nazaret, Ratzinger hizo público su deseo de dotar a sus dos primeros libros (2007 y 2011) de un pequeño prólogo. En su tomo primero de 2007 escribía: “*Con la segunda parte [y en referencia al libro segundo decía que] espero ofrecer también el capítulo sobre los relatos de la infancia, que he aplazado por ahora porque me parecía urgente presentar sobre todo la figura y el mensaje de Jesús en su vida pública, con el fin de ofrecer al lector un crecimiento de su relación viva con él*”<sup>2</sup>. Publicada ya la segunda obra añadía: “*Al presentar así el objetivo de fondo del libro; es decir, comprender la figura de Jesús, su obra y su palabra, es obvio que los relatos de la infancia no podían estar comprendidos directa-*

---

<sup>2</sup> RATZINGER, J. (BENEDICTO XVI), *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración* (Madrid 2007) 20-21.

mente en la intención esencial de esa obra. No obstante, deseo intentar ser fiel a mi promesa [...] y presentar también un pequeño fascículo sobre dicho argumento, si se me conceden las fuerzas necesarias para ello”<sup>3</sup>.

Y sin perder tiempo pasó a publicar Ratzinger en unas pocas páginas su tercer libro. La edición alemana lo presentaba así: *Jesus von Nazareth. Prolog. Die Kindheitsgeschichten*. [Jesús de Nazaret. Prólogo. Los relatos de la infancia]. Así las cosas me sentí obligado a señalar de inmediato que no era lo mismo lo escrito en la edición original alemana y lo que se dice en la edición española al traducir el largo título simplemente como *La infancia de Jesús*<sup>4</sup>. Lo sustancial del pequeño libro editado por Ratzinger en 2012 ha merecido sin lugar a dudas el calificativo de relatos y así lo calificó el autor. Y esto me llenó de alegría. Presentada la obra de esta forma, se indicaba ya con claridad los relatos no eran otros que los de la infancia de Jesús. Aquello que se pretendía mostrar en esta obra tercera pequeña era sin lugar a duda alguna los de la infancia de Jesús tal como la contaban simplemente los evangelios. El autor, Ratzinger, quiso a mi entender dejar muy claro desde el principio en este pequeño volumen que lo que él quiso mostrar sucedió en realidad. Al Papa le interesaban por esto mucho aquellos relatos evangélicos. Y le interesaban precisamente con vistas a poder decir a continuación a todos de la forma más clara posible que los existentes en los evangelios eran ciertamente reales, que lo que se narraba allí eran hechos y dichos correspondientes en concreto a una persona precisa que vivió en este mundo terrenal entre los hombres.

Por otra parte, no es lo mismo hablar de *la infancia* que de *los relatos de la infancia*. ¿Quién no percibe acaso en este momento la unidad interna que une los tres volúmenes dados a conocer por Ratzinger como la vida de Jesús de Nazaret? Las tres obras citadas, la de 2007, la de 2011 y la de 2012, han ido buscando de propósito siempre la exposición de relatos, se refieran éstos a la vida pública de Jesús o a la vida privada. Con su paciente trabajo se ha querido mostrar, por mucho que se pueda especular en el pasado, en el presente y en el futuro la infancia de Jesús, también el género literario elegido por los evangelistas. No hay duda de que se

---

<sup>3</sup> RATZINGER, J. (BENEDICTO XVI), *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección* (Madrid 2011) 10.

<sup>4</sup> Yo no he traducido aquí *Geschichten* por historias. He preferido utilizar el sustantivo relatos. Sabido es que los alemanes suelen distinguir entre historia y relato. La historia es el relato que narra un experto en historia, mientras que el relato es sólo lo que ha sido relatado o narrado sin tener en cuenta la condición de historiador del que lo lleva a cabo.

trata al fin y al cabo de relatos surgidos de los propios evangelistas, los cuales han atendido en primer lugar a lo que percibe y detecta la vista.

Los evangelistas quieren narrar lo que efectivamente se vio y se oyó a una determinada profundidad en razón de la naturaleza de lo que efectivamente se narraba y esto va más allá de lo que con la sola vista y con el oído son capaces de abarcar estos testigos en su totalidad. El título dado en alemán al tercer libro, al pequeño ciertamente, queda enuncia con brevedad y exactitud simplemente como *Die Kindheitsgeschichten*; es decir, como los relatos de la infancia. Con ello ya se está dando a conocer abiertamente que uno se encuentra ante los relatos concernientes sin más a la infancia. Ahora bien, ¿es acaso importante, incluso decisivo, eso que los evangelistas contaron sobre la infancia de Jesús de Nazaret?

Las pocas y sencillas páginas escritas en 2012 sobre los relatos de la infancia son ciertamente importantes y decisivas. Acaeció lo verdaderamente grande de la vida de Jesús en el mismo momento en que el Hijo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, también se hizo hombre. Sucedió esto en la historia y consta ello en el tercer evangelio: “*En el mes sexto fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Entrando a ella, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. Ella se turbó al oír estas palabras y discurría qué podría significar aquella salutación. El ángel le dijo: No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin. Dijo María al ángel: ¿Cómo podrá ser esto, pues no conozco varón? El ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del altísimo te cubrirá con su sombra, y por eso el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. E Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el mes sexto de la que era estéril, porque nada hay imposible para Dios. Dijo María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. Y se fue de ella el ángel” (Lc 1,26-38).*

La escena de la anunciación queda presentada aquí como lo que es, algo sucedido realmente en la historia, algo que pudo verse y oírse de verdad. Ahora bien, ¿a qué pudo deberse que la edición española del tercer tomo realizado por Ratzinger tocante a la vida de Jesús no se titulara como los dos primeros; es decir, Jesús de Nazaret? El tomo tercero de la

edición alemana se titula igual que el primero y que el segundo: *Jesus von Nazaret*; pero una vez dejado claro que el libro tercero forma una unidad con el primero y con el segundo constando de narraciones pertinentes a Jesús de Nazaret, la edición alemana nombró lo que corresponde al subtítulo. El subtítulo de la primera obra fue presentado así: *Von der Taufe in Jordan bis zur Verklärung* [Desde el bautismo hasta la transfiguración]. Se subtítulo el de la segunda de esta forma: *Vom Einzug in Jerusalem bis zur Auferstehung* [Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección]. Y el de la tercera reza: *Prolog. Die Kindheitsgeschichten* [Prólogo. Los relatos de la infancia].

Considero inaceptable, lo reconozco, lo que la edición española realizó en 2012 con el título del tercer volumen de la obra de Ratzinger, que no apareciera simplemente él como Jesús de Nazaret y luego viniera el subtítulo. Por supuesto, es esto un problema que toca al autor y el editor. De todas formas, tiendo a rechazar absolutamente la manera como se procedió. ¿Con qué derecho, me pregunto yo, se desmarcó la edición española no queriendo traducir lo que expresamente era la voluntad del autor? ¿Por qué se tomó al parecer la propia edición española la licencia de mostrar la obra con un título que no se correspondía con el del original alemán? Y debo señalarlo. El editor se debía haber explicado en una breve nota al menos a los lectores por qué se había apartado del original alemán.

No quiero pensar que por su propia cuenta y riesgo se arriesgara el editor español a titular sólo por su cuenta el tomo tercero como *La infancia de Jesús*. Tampoco creo que se opusiera a tener que destacar con claridad en lo publicado que efectivamente se trataba de relatos. De todas formas me sorprende por cierto que presentara este pequeño libro sin destacar que lo que en él se exponía eran precisamente los relatos de la infancia: *Kindheitsgeschichten*. A mi entender resulta muy pobre eso de titular este librito sencillamente como lo hizo la editorial española. Me parece que con este su modo de proceder se ocultó lo que desde el primer momento se quería señalar, que lo allí narrado eran realidades históricas, que el lector se disponía ciertamente a dar a conocer realidades de condición histórica y trascendente.

## **b) El centro**

¿Existe o no verdadera teología en las narraciones existentes en los evangelios sobre la infancia de Jesús? La teología, ¿entra dentro de la historia o se queda fuera de ella? Se ha dicho aquí ya que las narraciones,

hechos y dichos estudiados cuidadosamente por Ratzinger en los evangelios de Jesús, son en todo momento historia; es decir, acaecen dentro de la historia, dejando anotado en su momento que, además de que lo que se cuenta es real, ha de tenerse muy presente también su profundidad. Lo contado posee por cierto una profundidad o raíces que no son únicamente exterioridad. Son también real interioridad.

A este propósito le viene a la memoria a uno que, en mis primeros estudios de teología, tuve delante a un profesor cargado de verdadero interés por inculcar algo que siempre he apreciado y valorado siempre; es decir, que, como la filosofía discurría progresivamente en la historia, sucedía algo semejante también con la teología. Gracias al interés mostrado por este profesor empecé a interesarme yo por la teología de tipo histórico y cierto es que es ésta, la histórica, la que he preferido y quiero hacer avanzar allí donde me encuentre.

En mis primeros años de estudio de la teología tropecé asimismo con una obra francesa en donde el autor planteaba la pregunta concreta de dónde tenía la cristología, o tratado de Cristo, su centro; es decir, a qué acontecimiento se le tenía que denominar el centro de la cristología. En orden de mostrar cuál era preguntaba el francés cuál de estos dos misterios de la fe pertinentes directamente a Cristo, el de la encarnación y el de la resurrección, era mismo. Y terminaba diciendo y lo probaba muy bien a mi entender. Por eso, he defendido yo desde entonces rotundamente que el centro le correspondía al misterio de la encarnación. Aquellos eran los primeros años míos de estudiante de teología. Al hablar por entonces con quienes conmigo estudiaban hablábamos sobre este centro. Ellos me decían que me equivocaba yo y que el centro no era otro la resurrección de Cristo, el artículo de *Resucitó al tercer día*.

¿Por qué me aferré, y todavía me aferro todavía ahora, a decir que el centro se encuentra en la encarnación? Y es que entiendo que la grandeza de Jesús de Nazaret, verdadero Dios y verdadero hombre, se sitúa en algo sucedido realmente al principio de su existencia en la tierra. Y fue aquí precisamente en este tiempo en que él mostró a todos que su grandeza aparecía nítida en su pequeñez, en su rebajamiento, en el hecho de que, siendo verdaderamente Dios, quiso ser también verdadero hombre. A partir de aquí deducía yo que todo lo que realizó Jesús de Nazaret resultó posible realizarlo no sólo por ser Dios, sino sobre todo por ser también hombre. Fácil de entender era para los hombres, digo añadiendo yo, que el Hijo fuera Dios y, aceptado esto, era lo más difícil de aceptar que se hubiera rebajado él a ser hombre. En pocas palabras, el hacerse

hombre era a mi entender, y lo sigo manteniendo ahora, la razón que justificaba todo lo que ciertamente realizó durante su vida aquí en la tierra. En definitiva, si Jesús resucitó al tercer día, fue algo que ocurrió porque era de veras hombre.

La grandeza mayor alcanzada por Cristo ocurrió así las cosas en el momento mismo de la encarnación. El misterio por el que había de salvar el Hijo al mundo entero no era otro que el de haberse hecho realmente hombre sin dejar al mismo tiempo de ser también Dios. Antes de existir Cristo en la tierra ninguno de los hombres había tenido conocimiento expreso de él, pero se tuvo por cierto por supuesto antes de que Cristo se encarnara conocimiento de la venida del salvador a través del cual todavía les era posible a los mortales obtener la salvación. Quedaron los creyentes todos en antigüedad la misma a la espera de uno iba a venir al mundo a darse a conocer como el único y verdadero salvador. Y éste no fue otro que Cristo. Los que vivieron antes de Jesús de Nazaret tenían que creer en quien iba a venir. Por eso tuvieron del misterio de la Encarnación un cierto conocimiento de él aunque fuera éste sólo implícito. De enseñar a todos expresamente este misterio una vez realizada la encarnación se encargó precisamente el propio Jesús de Nazaret. Lo enseñó en concreto a los Apóstoles y tomó muy a pecho el cuidado de enseñar los demás misterios; es decir, el resto de los artículos de fe.

Por sí misma lleva consigo la encarnación la seguridad absoluta de la resurrección. Por supuesto, si se mira a la dificultad para ser creído, no tengo yo duda de que, en cierta manera y con relación a los hombres, es mucho más difícil de aceptar que el Hijo se hizo realmente hombre que el de que el Hijo es verdadero Dios. Y esto puede probarse por los evangelios ya que hasta los apóstoles no se atrevían a decir de modo absoluto que Cristo era verdadero Dios porque creían imposible que el que era hombre pudiera resucitar, Consideraban que la prueba de que no era Dios residía en que, si moría, no podría resucitar en forma alguna porque esto sólo correspondía a Dios. Prácticamente a ninguno de los Doce se le pasó por la mente, a pesar de lo que les enseñaba Cristo, que él era Dios y que podía resucitar, A los que le acompañaban no se les pasaba por la cabeza que, si Jesús moría de verdad, pudiera ser Dios. Y sucedió que murió y resucitó; es decir, hubo seguidores de Cristo que Cristo era Dios antes de morir y ser sepultado; pero la mayoría de los que le seguían pensaban que, si moría, ello era prueba de que no era Dios ya que éste no podía morir. En la resurrección probó Jesús esa verdad que consideraban por entonces los judíos como la más difícil de poder ser aceptada, la de que uno que era

hombre pudiera resucitar de entre los muertos. Y es que los tales judíos separaban en exceso eso de que Cristo era Dios y era hombre. Aún consideraban que si Dios era realmente hombre no era verdadero Dios ya que esto era demasiado pequeño, la humanidad, para ser poseída por el Hijo.

La grandeza de Dios en Cristo se halla por cierto en la tierra, concretamente en que el Hijo. Éste no sólo era Dios desde el principio. Es que además llegó al fin el día en el que se hizo también hombre verdadero y para siempre. Nunca dejó en adelante de serlo. El hecho de que Dios se hiciera hombre implicaba de salida perder categoría. Esta pérdida fue la que precisamente hizo posible que, también como hombre, fuera al fin exaltado hasta el punto de quedar igualado al Padre y quedar sentado a su derecha. San Juan remarca con suma brevedad este real rebajamiento divino al escribir que el Hijo se hizo carne (cf. Jn 1,14). Así las cosas, jamás me lamentaré yo, y lo digo ahora, de que el tercer libro publicado por Ratzinger, el pequeño sobre la vida de Jesús de Nazaret, sea breve. Todo libro tiene las páginas que tiene. En definitiva, las que ha de tener. El editor español cometió a mi entender el error de no hacer lo que apareció expresamente en la edición alemana. En la edición española se tenía que haber expuesto con total claridad y rectitud que se estaba ante relatos de la infancia, concretamente de la de Jesús de Nazaret. El nacimiento de Cristo en Belén quedó narrado en los evangelios con total sobriedad, naturalidad y brevedad. Quienes lo escribieron se limitaron a dar a conocer lo que vieron y oyeron. Lo sucedido era lo que era, realidad.

Estas tres obras teológicas de Ratzinger sobre Jesús de Nazaret son por supuesto de tamaño desigual; pero puede y debe decirse también a este respecto que cada una de ellas es en sí misma peculiar. Hasta podría decirse con toda razón que su situación puede quedar asimilada a la de tres perfumes que son iguales y distintos donde el ser perfectos nada quita para que cada uno de ellos lo sea todavía más y mejor. Sabido es que la mayor calidad de un perfume lo distinguimos los no entendidos, no por el perfume mismo, sino en algo que está junto a él; es decir, en el frasco o recipiente que lo contiene. Suele decirse que cuanto mejor es un perfume más pequeño es su frasco en el que es contenido. A mi entender es esto lo que también sucede con los tres libros concretos de Ratzinger sobre *Jesús de Nazaret*. Si se pregunta qué es lo que es lo central y decisivo en los relatos de la vida de Jesús, me atrevo a decir que ello es el misterio de la encarnación, y este misterio se halla expuesto en el libro más pequeño, en el tercero. Las narraciones todas de los evangelios son, por cierto, reales y tam-

bién sublimes; pero no tengo más remedio que reconocer y decir a este respecto que lo mejor narrado es aquello que es pequeño y que suena así: “*Y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre*”. Así lo dice, es verdad, el Credo de Nicea-Constantinopla.

Ahora bien, nunca me he preocupado yo de comprobar si lo que ocurre en el breve libro de Ratzinger sucede también en las publicaciones, tanto del original alemán como en lo traducido a otras lenguas. ¿Se ha apreciado que es precisamente en la edición española del libro tercero es éste el más ancho y alto; pero es también el más delgado? Se me ha ocurrido imaginar en si ha obrado así la editorial española en un intento de compensación; es decir, en un intento de dejar a las claras que precisamente el tercero es, pese a su brevedad, más decisivo que los dos otros dos primeros. No me interesa, lo digo, conocer cuál es la razón que pudo mover a ello. De todas formas no descarto que quienes editan los libros y los venden se ganan con ello la vida y tienen que discurrir cada vez más para cubrir al menos los gastos. Editores y libreros se encontraron, es verdad, con un libro de venta asegurada, pero de pocas páginas. Así las cosas, lo que hicieron fue exagerar la forma del libro. Una obra que podía llevarse cómodamente en el bolsillo, pasó a editarse en gran tamaño. Además, quedó impresa en letra grande y con grandes espacios en blanco entre líneas y en los márgenes. A mí de ello no me cabe duda. El libro tercero de Ratzinger, y ya se ha dicho, es como el perfume. Se vende; pero se debería vender en frascos pequeños. Acepto que los editores se esfuercen por servir al lector; pero me desagrada que una obra que es grandiosa por su pequeñez, nos la quieran presentar como lo que no le corresponde. No es ella por el modo y la forma en que está editada. Y termino afirmando ahora aquí que, si los editores han querido hacer más grande al libro del Papa también por el cambio de su título, se han equivocado. Lo han por desgracia empequeñecido.

## **2. La historia**

Los relatos de la infancia no se hallan en todos cuatro evangelios. Están sólo en el primero y en el tercero, en el de San Mateo y en el de San Lucas. Los expertos dicen que el primero en ser puesto por escrito es el de San Marcos y éste no trae relato alguno de la infancia de Jesús. Tampoco de ella habla el cuarto y último, el de San Juan. Es preciso señalar de todas formas que no fue intención de este autor evangélico narrar la vida entera de Jesús de Nazaret. Se escribió tiempo después de haberse escrito los

evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. Así las cosas, surge ahora la pregunta de por qué, siendo él, como he dicho yo aquí, el centro de la teología el misterio de la encarnación y no el de la resurrección, ocurre que nada cuenta el mismo relativo a la infancia de Jesús. A este respecto me limito a decir ahora yo que, si bien es verdad que la sustancia o esencia de la vida de Jesús se halla escrita y presente en los evangelios, nunca he afirmado ni afirmaré que ella tenga que existir además de los cuatro evangelios en cada uno de ellos. Aquí se va a hablar ahora de la historia y digo que lo decisivo en esta no es lo que no ha sucedido o no puede suceder. El experto en historia ha de esforzarse en todo momento por atender a lo realmente sucedido. El historiador no es un experto que elucubra teóricamente sobre lo que puede o no puede suceder. Se limita y debe limitarse a contar lo que prueba que ha sucedido o no ha sucedido.

#### a) La meta

San Juan dejó escrito al principio de su evangelio: “*Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba al principio en Dios. [...] Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*” (Jn 1, 1-2 y 14). Si se pregunta qué quiere decir en concreto eso de que el Verbo posee desde el principio la existencia, no hay más remedio que aplicarlo tanto a que es por supuesto verdadero Dios. Estos evangelios llamados sinópticos, los tres primeros, narran algo de veras sucedido en el tiempo y en la infancia de Jesús. Y del Verbo o del Hijo dice San Lucas: “*Crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres*” (Lc 2,52).

A cualquier lector de los cuatro evangelios le interesa de la vida de Jesús de Nazaret ante todo la pública; pero aunque uno quiera ser informado únicamente de ésta, no tiene más remedio que quedar informado también de la privada o infancia. Ésta termina con el abandono de Nazaret y el comienzo de predicación por Palestina. Fue precisamente entonces cuando Jesús empezó a descubrir quién era gracias a que su propósito no era otro que enseñarlo a través de sus dichos y hechos. Ahora bien, ¿fueron los evangelios las únicas cosas que fueron escritas sobre Jesús de Nazaret? Y se pasa a decir aquí al respecto que antes de la existencia de Cristo como hombre ya se tenía noticia de él. Se tenía noticia impresa de que aparecería al fin un día sobre la tierra. Ello fue anunciado sobre todo por los profetas. De todas formas, verdad es que lo que quienes viviendo antes de Cristo aprendieron no les resultaba del todo claro al quedar rodeado de una cierta y real oscuridad. Asimismo, no sólo el Antiguo Testamento había hablado de lo que un día había a venir. Ya

sabían esto también de alguna manera sabios atentos al intentar conocer el decurso de la historia antes del nacimiento de Cristo. Por otra parte es cierto que los Apóstoles extendieron por todo el mundo tras la ascensión de Cristo a los cielos la buena noticia expresa de que era Cristo efectivamente el salvador del mundo, ése que antes de su existencia como hombre habían podido conocer implícitamente entre sombras.

Tanto a los relatos evangélicos de la vida pública de Jesús como a los de su vida de infancia acostumbran los alemanes a incluirlos en lo que ellos llaman perteneciente a la *Geschichte*; es decir, relatos ocurridos en el tiempo. Dicho esto, se pasa a decir en este momento aquí que los relatos concernientes a la vida pública o a la infancia de Jesús de Nazaret son reales y auténticos. Son sucesos acaecidos en la historia terrena y por eso se hacen merecedores de total credibilidad ya que reflejan lisa y llanamente lo realmente ocurrido. Y paso a decir yo que, expuesto esto, tengo que añadir que una de las causas que pudo haber motivado la voluntad firme de Ratzinger de no confundir en manera alguna los relatos de la vida de privada de Jesús con su vida pública pudo deberse a su deseo de dejar en todo momento muy claro que los relatos concretos de la infancia de Jesús también eran reales. Daba aquí la casualidad por otra parte de que no parecía aparentemente presentar dificultad alguna en la narración de los misterios de la vida pública de Jesús, mientras costaba reconocer con facilidad como real lo que se decía en los evangelios de la infancia de Cristo.

Aparece en este momento una concreta pregunta, la de si toda narración evangélica es de veras histórica. A todo el que estudia un poco de alemán se le advierte prácticamente desde el primer momento que se acostumbra a distinguir entre las palabras *Historie* y *Geschichte*. Con la de *Historie* se designa el trabajo realizado por un *Historiker*; es decir, por un historiador que se dedica a escribir competentemente la historia. Con la palabra *Geschichte* se designa en cambio aquello que es ciertamente real, que ocurre en el tiempo, que realmente acontece en la historia de cada día y que queda contado de forma leal tal y como ha sucedido. Al escritor de esta clase de relatos o historias le dan los alemanes justamente el nombre *Geschichtschreiber*; es decir, escritor de historias o de relatos ocurridos. Los escritos por supuesto de estos escritores son reales. Se cuenta en ellos lo que ocurrió en realidad.

Las narraciones, tanto de la vida pública de Jesús como de las de su infancia, ¿deben catalogarse como *Historien* (historias) o han de ser denominadas *Geschichten* (relatos ciertamente ocurridos)? Ninguno de los que

escribieron los relatos de la vida de Jesús fueron por supuesto historiadores según el hablar alemán; pero fueron narradores leales de lo realmente ocurrido. De ahí que sea aceptado como del todo legítimo decir que todo lo que escribieron los evangelistas sobre Jesús de Nazaret eran relatos ciertamente históricos o del todo ciertos ya que se limitaron a contar con toda fidelidad lo que realmente ocurrió. Del todo inaceptable es entonces que para poder aceptar la historicidad de los relatos de la vida pública y de la vida familiar de Jesús de Nazaret se exija que tuvieran que haber sido escritos necesariamente por historiadores profesionales; es decir, por quienes se han dedicado a escribir como historiadores, hasta el punto de llegar a decir precipitadamente que esto carece de valor histórico.

Es posible que, estando en esta situación donde se distingue entre la *Historie* y la *Geschichte*, se pregunte por qué no se parte la historia en dos, en *Historie* y *Erzählung* (cuento). A esto respondo yo que los alemanes son los que introducen partir en dos la historia, mientras los españoles no la partimos así. Al no hacer esto, ¿qué ocurre? Sencillamente, que por lo que sea dividimos lo que se escribe o cuenta también en dos realidades. A un lado está la historia (la *Historie* con la *Geschichte* para los alemanes) y a otro lado está el cuento o fácula (la *Erzählung* o *Fabel* para los alemanes). Así las cosas, y hablando español, tengo que decir yo que se considera con todo derecho y cataloga como historia a los evangelios debido a que éstos no narran cuentos ni fáculas. Lo que describen son dichos como hechos de Jesús de Nazaret, el cual ha existido realmente en este mundo y ha obrado en él. Asimismo, es verdad que los autores de los evangelios son historiadores con todos los derechos aunque no sean historiadores de profesión y grados académicos. Son ellos personas que ni sueñan ni fabulan. Se atienen en sus relatos estrictamente a la realidad vista y oída. En orden a la conveniente claridad resulta oportuno decir que Ratzinger dedicó precisamente su pequeño libro a los relatos evangélicos de la infancia e hizo énfasis en que lo que en él se cuenta es la pura realidad.

De todas formas, conveniente es, lo reconozco, que vayan las narraciones de la infancia de Jesús expresamente acompañadas del adjetivo históricas. Ello es muy oportuno. Sencillamente se debe esto no tanto a que sea ello necesario, sino a que de esta forma se está indicando con total claridad que en modo alguno se puede aceptar si un despistado dice que ello son cuentos nada más. Lo que los evangelistas vieron y oyeron un día en Jesús y no se lo callaron. Al contrario lo manifestaron tal y como lo vieron y oyeron. También surge en este momento la pregunta de si de veras

los propios evangelistas lo vieron realmente todo y lo contaron asimismo todo.

Dicho de otra forma, con esta pregunta se quiere saber por qué cuentan ellos también aquello que no pudieron presenciar. Aquí recorro yo a lo dejado escrito por el mismo Ratzinger: “*¿De dónde sacan Mateo y Lucas la historia que relatan [sobre la vida oculta de Jesús y que ellos no presenciaron]? ¿Cuáles son sus fuentes? A este respecto, Joachim Gnilka dice con razón que se trata claramente de tradiciones de familia. Lucas alude a veces a que María misma, la Madre de Jesús, fue una de sus fuentes, y lo hace de una manera particular cuando, en el 2,51, dice que su madre conservaba todo esto en su corazón (cf. también 2,19). Sólo ella podía informar del acontecimiento de la anunciación, que no había tenido testigo humano. [...] Yo añadiría que, también de este modo, la aparición tardía especialmente de las tradiciones sobre María tiene su explicación en la discreción de la Madre y de los círculos cercanos a ella: los acontecimientos sagrados en el alba de su vida no podían convertirse en tradición pública mientras ella aún vivía*”<sup>5</sup>.

Al mostrar su trabajo sobre los relatos de la infancia también dice: “*He tratado aquí de interpretar ahora, en diálogo con los exegetas del pasado y del presente, lo que Mateo y Lucas narran al comienzo de sus evangelios sobre la infancia de Jesús. Según mi convicción, una interpretación correcta requiere dos pasos. Por un lado, hay que preguntarse qué es lo que los respectivos autores querían decir en su momento histórico con sus correspondientes textos; éste es el componente histórico de la exégesis. [...] La segunda pregunta del auténtico exegeta debe ser ésta. ¿Es cierto lo que se ha dicho? ¿Tiene que ver conmigo? Y, en este caso, ¿de qué manera?*”<sup>6</sup>.

Antes de escribir sobre las narraciones de la infancia (2012) había dejado escrito el mismo autor esto que sigue: “*Naturalmente, creer que precisamente como hombre él [Jesús de Nazaret] era Dios, y que dio a conocer eso veladamente en las parábolas, pero cada vez de manera más inequívoca, es algo que supera las posibilidades del método histórico. Por el contrario, si a la luz de esta convicción de fe se leen los textos con el método histórico y con su apertura a lo que lo sobrepasa, éstos se abren de par en par para manifestar un camino y una figura dignos de fe. Así queda también clara la compleja búsqueda que hay en los escritos del Nuevo Testa-*

---

<sup>5</sup> RATZINGER, J. (BENEDICTO XVI), *La infancia de Jesús* (Barcelona 2012) 23.

<sup>6</sup> RATZINGER, J. (BENEDICTO XVI), *Ibidem*, 7.

*mento en torno a la figura de Jesús y, no obstante todas las diversidades, [resulta clara]<sup>7</sup> la profunda cohesión de estos escritos<sup>8</sup>.*

### **b) La infancia**

En tres tomos dio a conocer Ratzinger este su estudio sobre Jesús de Nazaret. Su propósito no fue otro que decir a todos claramente que las fuentes en donde se hallan relatos sobre Jesús, tanto de su vida pública como de su infancia, coinciden. Por eso no tiene más remedio él que llegar a la conclusión de que se trata de verdaderas historias y pasar a reconocer que ellas son ciertas y ocurrieron tal como los evangelios las han contado. Lo expuesto en tales narraciones fue algo que resultó visto y oído en el marco de la historia. La prueba de que lo contado era verdad es que todas, pese a ser muchas, así como diferentes y variadas, coinciden en que quienes las escribieron las presentaron como históricas; es decir, del todo conformes con la realidad.

Y no se queda parado aquí este su estudio sobre la historia. En modo alguno se pretende añadir o quitar algo a los relatos escritos por los propios evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Lo que este papa quiere ofrecer es facilitar una visión y una audición mejores de los propios evangelios provocando que aparezca precisamente lo más claro posible de dónde vienen y a dónde van. Dicho de otra manera, quiso que apareciera este trabajito sobre la infancia de Jesús. Antes de que Dios se hiciera hombre, como ya se ha venido diciendo aquí, expone el autor una especie de atisbos con noticias que anuncian históricamente de alguna manera lo que un día había de aparecer claramente en su realidad concreta. Queda colocado aquí en primer lugar lo que puede denominarse la amplia literatura judía y también la llamada pagana. Sorprendentemente resulta asimismo que, desde donde se pueden apreciar mejor las mejores noticias sobre el Hijo pese a las dificultades que ello entrañaba, es según Ratzinger siguiendo el Antiguo Testamento. Y no descartó éste que verdaderas noticias pueden encontrarse también en libros antiguos judíos que no alcanzan la categoría de canónicos y que permiten entender cada vez mejor lo escrito por los evangelistas Mateo y Lucas.

Una vez aceptado este panorama se impone que dirija la mirada en las noticias tenidas antes del nacimiento de Cristo y que prepararon la

---

<sup>7</sup> Lo escrito entre corchetes lo he escrito yo y no aparece en lo editado.

<sup>8</sup> RATZINGER, J. (BENEDICTO XVI), *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración* (Madrid 2007) 19.

comprensión de lo tuvo que acontecer un día en medio de la historia. ¿Por qué no se ha de mirar entonces así las cosas también a lo que se escribió después, una vez acontecido lo había sido esperado? Siempre ha sido guardado un gran aprecio a lo largo del discurrir del tiempo de la Iglesia Católica lo que se ha dejado escrito en los Santos Padres. Vivieron éstos en los primeros siglos después de Cristo. Duda no hay por cierto aquí de que ellos fueron sabios, además de muy competentes. Tuvieron la oportunidad de vivir más cerca que nosotros el acontecimiento que fue Jesús de Nazaret. De agradecer es asimismo que, al lado de esta fuente primordial y de otras que dejó a su paso la historia por el mundo, ya se puede circular por un buen camino si se cuida de indagar lo que también ha sido aportado al conocimiento real por los estudios realizados por los que quedan conocidos acertadamente como los hijos de la Ilustración; es decir, por los que, tras haberse propuesto en un primer momento demostrar que no todo era verdad histórica en los relatos de la vida de Jesús, han dejado atrás sus afirmaciones vacuas y van caminando ahora muy cercanos a poder terminar reconociendo que son precisamente sus propios estudios los que llevan al reconocimiento de la verdad. Se está todavía sin embargo ante casos de ideologías que, bajo el barniz de competencia en materia de historia, retrasan la aparición de los frutos que se pueden dar.

El inmenso estudio realizado por este intelectual que es Ratzinger conduce, se ha de reconocer, a mantener por ejemplo con mayor convicción histórica que las narraciones de los evangelios no son en forma alguna irrealidad. Al contrario, son simplemente lo que aconteció en la historia. Y se da también aquí la casualidad en este contexto que la vida de Jesús narrada por los evangelios es la auténtica de veras. De ninguna forma son los escritores evangélicos visionarios, creadores de fantasmas o fabricantes de mitos. Dejaron simplemente por escrito en realidad lo que vieron, lo que oyeron y lo que tomaron desde fuentes verdaderamente seguras, las cuales son dignas de ser aceptadas ya sea por el sentido como por la razón. Desde que yo tuve noticia de que Ratzinger abrigaba la intención de escribir un artículo, incluso hasta un pequeño fascículo, sobre los relatos de la infancia de Jesús, no pude menos que alegrarme considerablemente. Si me preguntara alguien cuál fue el motivo de este gozo, no tengo inconveniente alguno en responder sin dudarle que fue ésta la mejor noticia que podía recibir ya que era precisamente en este terreno donde entendía yo lo preciso que era dejar claro de una vez por todas que de la manera como se leyeran o estudiaran esos relatos, se convencería uno de que nunca debería ser orillada la historicidad de los evangelios.

Décadas atrás existieron momentos donde los estudios sobre la infancia de Jesús producían la impresión de que tenía que olvidarse de una vez la historia y pasar a aceptar que lo narrado sobre la infancia de Jesús era simples cuentos; es decir, *Erzählungen*, cosas pertenecientes a un género literario donde lo de menos era la historia siendo en cambio lo decisivo el discurso o la mera invención del pensamiento humano. Verdad es que los relatos de la infancia tampoco conviene igualarlos con los pertenecientes a la vida pública. La diferencia reside en que éstos son más complejos al no ser tan claros y precisos como lo son los que narran la vida de Cristo transcurrida desde el bautismo en el Jordán hasta su ascensión a los cielos? A esto se debe el que se pregunte ahora por qué se escribió tan poco y además con suma brevedad sobre vida oculta de Jesús ¿Por qué en los relatos de la infancia no existen fuentes paralelas donde poder cotejar los relatos evangélicos de la infancia de Jesús?

Aquí no se ha de incurrir en la precipitación. Por supuesto, los relatos de la infancia son menos en número que los de la vida pública. Esto debe ser aceptado porque las cosas son así. A ello no hay que darle más vueltas. Por otra parte, decir que los relatos de la infancia no son equiparables del todo a los de la vida de predicación de Jesús es algo ciertamente normal aunque de ello no debe deducirse en manera alguna que sean inferiores en veracidad histórica. Pero de ninguna forma puede decirse de ello por ejemplo tan alegremente que no existan fuentes paralelas no católicas en los evangelios de la infancia. Aquí debe decirse que existen y que tales fuentes no cristianas paralelas son de veras incluso muy abundantes aunque lo que se tiene que aceptar es que éstas son solo escritos apócrifos.

¿Quién no admite hoy por ejemplo, se pregunta aquí, que la literatura apócrifa sobre los evangelios se halla del todo desacreditada debido a que lo que ella dice es reconocido unánimemente como falso ya que fue escrito unas veces por gente incompetente y esto hace que las noticias no reciban el nombre de históricas o pasen a la consideración de ser sólo relatos fabricados en ocasiones por herejes que tuercen la historia para hacer colar entre los fieles desviaciones históricas y teológicas? Existen escritos apócrifos nacidos es cierto con la intención de confundir, fabricados incluso por los herejes, no para contar lo que pasó y sucedió, sino para contar que ello no sucedió.

Bien viene recordar aquí ya la manera como nacieron un día los escritos del Nuevo Testamento, por ejemplo los cuatro evangelios, los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. A lo largo de su vida nada dejó por escrito

para la posteridad Jesús de Nazaret. Su enseñanza la realizó por medio de palabras y por medio de hechos, realidades todas audibles y visibles. Antes de marchar al cielo se ocupó éste de formar cuidadosamente a los Doce. Su propósito no era otro que enviarlos un día a que recorrieran el mundo y enseñaran lo que habían visto y oído mientras estuvieron en compañía de Cristo (cf. Mt 28,19-20; Mc 16,15). La fe de los Apóstoles, y gracias a ellos la de la Iglesia, procede ciertamente de Jesús. San Pablo es quien escribe: “*La fe es por la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo*” (Rom 10,17). Los Doce predicaron a Jesucristo comunicando su enseñanza tal y como la habían oído y visto mientras caminaban junto a él en Palestina. Fueron en todo momento los Apóstoles conscientes además de que la Buena Noticia, el Evangelio con mayúscula por ellos predicado, tenía que difundirse a través de la palabra dirigida ante todo directamente a los oídos.

Pero llegó el día en el que murieron los Doce. Al igual que desapareció Cristo de este mundo, también los Apóstoles desaparecieron. Ni Cristo ni los Apóstoles legaron a la posteridad escrito alguno. Se cumplió aquí, puede decirse, aquello de *verba volant, scripta manent* [Las palabras vuelan, los escritos permanecen]. Al desaparecer los Apóstoles quedaron privados los cristianos de la palabra viva de los Doce; pero fue entonces cuando se dedicaron éstos a reunir todo lo que podían haber dejado escrito los Doce. Indagaron y trabajaron por lograr que no desapareciera lo que los Apóstoles habían escrito. Posiblemente, no hubo que esperar a que murieran todos para realizar este trabajo. Los propios cristianos por cuenta propia guardaban desde tiempo atrás como joyas preciosas lo que había caído en sus manos. Previendo que los Doce tenían que desaparecer un día, no faltaron cristianos que estimaron muchísimo los escritos de los Doce. Tampoco extraña nada que al desaparecer el último de los Apóstoles entendieron los bautizados que era preciso esforzarse que nada se perdiera. Ahora bien, ¿era ciertamente de los Doce los escritos lo que se decía que era efectivamente de los Doce? Así las cosas, hubo que realizar en adelante una dura tarea, la de distinguir entre lo seguro y lo inseguro, lo cierto y lo incierto. Ahora bien, ¿qué medios se debían utilizar para quedarse con lo cierto y olvidar lo incierto? ¿Cómo podía saberse lo que era cierto y lo que era incierto?

Urgía someter por necesidad a los escritos todos, fueran o no fueran de los Apóstoles, a un concreto criterio, al de la *canonicidad*. Tuvieron que someterse todos los relatos a una regla o canon. Y resultó que los escritos que superaron esta regla fueron los reconocidos como regulares o canó-

nicos, mientras que a los que no la superaron se los consideró como irregulares o no canónicos. ¿En qué consistía esta regla o canon? Se procedió a que las distintas comunidades de fieles confesaran libro tras libro si eran o no eran tales escritos los de los Apóstoles. Los aceptados por todas las comunidades fueron los que quedaron declarados regulares o canónicos. Los que no fueron aceptados por todos se consideraron irregulares o no canónicos. Pero, ¿acaso no pudo ocurrir por ejemplo que libros que fueron escritos por los Doce se convirtieron en no canónicos al no ser aprobados por todas las comunidades? Ello es posible ciertamente; pero no es decisivo. Gracias a Dios eran muchos los libros que fueron aprobados por todos. Lo decisivo fue que lo aprobado por todos fue además acogido por las autoridades de la Iglesia y, sobre todo, por el Sumo Pontífice. Por supuesto, entre los así aprobados estuvieron sin duda alguna precisamente los cuatro evangelios.

Desde el primer momento en que desapareció Cristo de la tierra y hubieran muerto los Apóstoles tras hacer enseñado públicamente de palabra y de obra a todos y en todas partes lo mandado por Cristo ¿qué ocurrió? A partir de este hecho y producida la muerte de los Doce fue cuando fue reconocido cuál era el criterio seguro de *canonicidad*; es decir, de regularidad. En pocas palabras, cuando fue reconocida cuál era el canon o regla segura para medir con certidumbre lo que había enseñado realmente Cristo y de lo que habían enseñado a todos los Apóstoles. Si Cristo lo enseñó a éstos todo lo concerniente a la fe y a las costumbres para poder obtener la vida eterna y esto lo enseñaron también los doce sin error, no hay más remedio que deducir certeramente que, pese a no tener al Hijo ni a los Doce, conservaban los cristianos con total seguridad la regla de fe conocida como la Sagrada Escritura del Nuevo Testamento. Si surgía una duda al respecto de si algo habían enseñado a todos los Doce sin error disponían de un lugar a donde acudir para cerciorarse con total seguridad. ¿Era ésta la única regla a la que podían acceder los cristianos? ¿No era acaso ésta amplia en exceso? Esto era verdad. Conveniente era que fuera más breve, sumamente breve y clara incluso. Así las cosas, a donde han de acudir siempre los cristianos para saber lo que los cristianos tienen que aceptar es esta sencilla y breve regla: *Todo lo tenido siempre, en todas partes y por todos como predicado por los Apóstoles es que lo se ha de aceptar*. Eso esto es por supuesto lo que se halla dentro de la Sagrada Escritura.

¿Podían equivocarse los Apóstoles al poner por escrito la Sagrada Escritura? Mejor dicho, ¿podían errar los fieles cristianos una vez muertos y desaparecidos los Doce? ¿Podían o no podía equivocarse los cristia-

nos en la enseñanza de la fe y de las costumbres? Ha de tenerse muy presente aquí el hecho de que las puertas del infierno, las herejías nunca han de prevalecer. Ya se está haciendo referencia aquí a lo que dejó escrito en el primer evangelio: “*Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*” (Mt 16,18). Esta expresión concreta, las puertas del infierno, indica a las claras que los herejes han de tratar de demoler la Iglesia por el sistema simple de pervertir la fe y las costumbres. Verdad es asimismo que habrá por desgracia también fieles que pervertirán la fe y se convertirán en infieles. Ahora bien, también es verdad que siempre habrá en la tierra bautizados que no se dejarán avasallar por los herejes confundiendo a los fieles todos. Por mucho que se empeñen en esto nunca lograrán conseguir que los fieles todos pierdan la fe o abandonen las buenas costumbres.

### **3. Entre lo natural y lo sobrenatural**

Cometido de un historiador es narrar lo que ha ocurrido en realidad, lo que ha visto y oído. A éste se le pide veracidad. Y tiene que narrar lo que efectivamente sucedió. Ahora bien, ¿qué fue con lo que sucedió durante la estancia de Cristo en la tierra? Tuvieron lugar por entonces tanto cosas que son naturales como cosas que son sobrenaturales. Hubo realidades que cayeron dentro de las fuerzas de la naturaleza y otras que la sobrepasaron. Tanto el teólogo como el historiador han de estar en todo momento abiertos a lo realmente sucedido. No tienen derecho los historiadores a poner límites a lo ocurrido de verdad. Lo que de hecho aconteció pudo verlo o pudo no verlo el historiador; pero lo verdaderamente decisivo para él es ajustarse a la verdad y no poner límites a la verdad.

El historiador no es alguien que puede trabajar únicamente si lleva consigo un cuaderno y un lápiz en la mano para poder anotar al instante lo sucedido. En modo alguno debe confundirse al historiador con el cronista aunque el cometido de éste incluya también la fabricación de la crónica. El historiador suele llegar a lo sucedido con cierta tardanza, después de haber pasado más o menos tiempo. Normal es que eche mano de fuentes diversas. Su obligación es narrar críticamente lo que de veras sucedió, contar lo acaecido en el curso de la historia después de haber razonado previamente a conciencia. El historiador escribe de por sí con cierta tardanza y haciendo uso de fuentes diversas, debidamente estudiadas y examinadas, por supuesto, orales o escritas. Porque el historiador ha de estar abierto a la verdad y contar lo sucedido, entrañan las narraciones una

parte, o pueden entrañarla que sobrepasa la naturaleza y que alcanza en ocasiones hasta lo sobrenatural. En este sentido es el resultado que lo contado sobrepasa a veces a la naturaleza.

La misión del que va escribiendo poco a poco la historia está obligado a ganarse la credibilidad. Ha de hablar como quien por encima de todo cuenta la verdad. Debe garantizar con su propio crédito lo que realmente fue visto y oído; en una palabra, ha de ser en todo momento digno de crédito. Y no sólo debe contar lo sucedido afirmando o negando. Lo que afirme o niegue ha de estar además en total coherencia con la realidad y la verdad. Expuesto esto, surge aquí sin más la pregunta de cuáles son esas fuentes orales y escritas que Ratzinger utilizó a la hora de escribir estos sus tres libros, por cierto históricos, sobre Jesús de Nazaret.

### **a) La fe en la historia**

Al concluir Ratzinger su precioso y autorizado estudio sobre Jesús de Nazaret surge la pregunta sin más de qué es definitivo o puede serlo y hasta debe, ser incluso continuado y siempre mejorado. Cree uno que continuarlo y mejorarlo, si ello es posible, es lo que se debe hacer. Quien escribe es consciente aquí de lo bien y profundamente que ha trabajado ese autor aunque, a la edad en la que ha realizado la tarea, provoca la pregunta de si podrá terminarla. Con enorme realismo se atrevió a decir a este respecto que, si Dios le daba fuerza, abrigaba la esperanza de poder llegar al menos hasta poder concluir lo que denominó como el prólogo; es decir, ese librito publicado en España como *La infancia de Jesús*.

Y es aquí donde pudo aparecer este autor un poco atrevido al indicar poder poner punto final a esta su admirable obra sobre Jesús de Nazaret. Yo soy del parecer que no tuvo más remedio Ratzinger que dejarla incompleta o inacabada. Al prólogo, ¿no le debía, vuelvo a preguntar ahora, haber seguido un epílogo? A mi entender he echado siempre en falta el remate de lo trabajado aunque el mismo sea únicamente humano. Exceso es pedir a un anciano que cargue con la pesada carga que a sí mismo se impuso. A quien realizó con honores su trabajo no se le puede pedir más aunque reconozco que me hubiera gustado que hubiera podido y querido poder realizar el remate final.

Nunca ha de perderse aquí el detalle de que toda obra debe quedar enjuiciada desde el propósito mismo marcado por el autor. Esta magna obra sobre Jesús de Nazaret la comenzó Ratzinger desde años antes. Ya llevaba bastante tiempo deseando componer una obra que girara precisamente sobre los relatos de los evangelios y dando en ella la preferencia a

lo que habían transmitido sobre Jesús de Nazaret los cuatro evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Su objetivo no era repetir lo que ya habían expuesto en la antigüedad los mismos cuatro evangelistas. Su deseo no era otro que ofrecer algo que, siendo en realidad antiguo, sonara en realidad a nuevo. En pocas palabras, que superara de alguna manera lo que como novedad científica había sido ganado desde la historia gracias al esfuerzo de los que eran expertos. Quiso mostrar ante todo que lo que quedó escrito con ciertas sombras desde el principio en el Antiguo Testamento sobre quien iba a venir enviado por Dios a la tierra quedara al fin lleno de luz desde la lectura misma de los evangelios. Estos libros antiquísimos eran sin duda alguna el camino seguro para él en orden a poder demostrar que se había cumplido efectivamente lo profetizado por Dios, esperado desde el extravío de Adán y de Eva, y que se iba a realizar en la persona concreta de Dios hecho hombre, en Jesús de Nazaret.

No se detuvo exclusivamente este autor en los anunciadores de lo que tenía al fin que venir un día. Su voluntad no fue otra que mostrar el resultado de lo que se había venido constantemente trabajando con rectitud y racionalmente sin prejuicio apriorístico alguno desde los evangelistas hasta la actualidad. A los escritos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan no se les podía pedir ni se les debía achacar a éstos haber escrito una vida de Jesús sin fundamento en la realidad. El gran extravío común de todo racionalismo, del de la antigüedad y también del de los últimos tres siglos, no fue otro que dar ya por del todo sabido qué pudo suceder y qué no pudo suceder en la historia. Siempre han admitido los filósofos en general lo imposible realmente que era lo que se oponía al principio de contradicción. En el momento actual ningún historiador se atreve gracias a Dios a sostener en la actualidad lo que llegaron a sostener en el Siglo de las luces los conocidos por entonces como los iluministas al sostener que lo que superaba la naturaleza tenía que ser considerado irremisiblemente como inexistente. Con el correr de los años fue adquiriendo cada vez una coherencia mayor el tener que aceptar, desde la sola razón por supuesto, que lo que fue escrito por los evangelistas sobre Jesús pudo suceder o pudo no suceder, siendo lo decisivo poder probar si sucedió o no sucedió. Lo contado en los evangelios y en otros escritos del Nuevo Testamento no debe ser negado por la sencilla razón de que ello fue real o sucedió. Cae siempre dentro de la realidad. En modo alguno puede ser considerado como irreal, como fantasioso, como mítico. No hay por qué negar a esto su real cabida dentro de la realidad.

Pacientemente estuvo recogiendo Ratzinger en este su trabajo durante muchos años los datos seguros de quienes habían estudiado con rigor el Antiguo Testamento. Se esforzó asimismo por estudiar ante todo lo investigado en los cien últimos años atendiendo a la llamada historia de las formas. Tales esfuerzos han aportado ciertamente algo de más luz a los cuatro libritos concretos llamados los evangelios gracias a que aparecieron descubrimientos también que dieron más firmeza todavía a lo que se dijo y se oyó. También ha de tenerse en cuenta que, en modo alguno, tuvo Ratzinger la pretensión de ir más allá de lo que le permitía el oficio asumido de riguroso y correcto historiador.

Realizó éste tu trabajo convencido además en todo momento de que los cuatro evangelios dijeron absolutamente la verdad. Habiendo centrado su esfuerzo en ofrecer las pruebas, quedan éstas reconocidas simplemente por el correcto examen del estudio de las fuentes. En su obra de 2007 dejó escrito: “*En cuanto me era posible, he intentado presentar al Jesús de los evangelios<sup>9</sup> como el Jesús real, como el Jesús histórico en sentido propio y verdadero. Estoy convencido, y confío, en que el lector también pueda verlo, de que esta figura resulta más lógica y, desde el punto de vista histórico también más comprensible que las reconstrucciones que hemos conocido en las últimas décadas. Pienso que precisamente este Jesús –el de los evangelios– es una figura históricamente sensata y convincente*”<sup>10</sup>.

Ahora bien, que sea Cristo alguien real al que lleva históricamente la razón en modo alguno implica también que constituya una obligación tener que aceptar necesariamente la verdad que él enseñó. Parte de lo que enseña es accesible por supuesto desde el solo sentido y la sola razón. Ahora bien, es mucho lo que Cristo enseñó correspondiente a lo que está por encima de lo que a lo que llega el sentido y de lo que alcanza la razón sola. Verdad es lo que declaró la Iglesia en el concilio de Nicea I (325). Las verdades divinas, como la de Nicea, deben ser aceptadas únicamente desde la sola fe. Que ellas son verdad no consta ciertamente por el hecho de que el sentido y la razón las conocen por sí mismas por ser Dios el que las obtiene y el que, viviendo en el mundo, las garantiza como verdad. Tanto el sentido como la razón pueden y deben aceptar al menos desde lo ocurrido en la historia que no queda cerrada la puerta a la verdad. Lo inaceptable aquí es que por el hecho de no poder uno traspasar los límites del

---

<sup>9</sup> La edición española escribe evangelios con mayúscula. Así lo hago notar.

<sup>10</sup> RATZINGER, J. (BENEDICTO XVI), *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración* (Madrid 2007) 18.

sentido y de la razón, se tenga que concluir taxativamente que lo que es sobrenatural no existe en la realidad. También las verdades sobrenaturales son parte real de la revelación de Dios.

Decía en 2007 el propio Ratzinger: “*Naturalmente, creer que precisamente como hombre él [Jesús de Nazaret] era Dios, y que dio a conocer esto veladamente en las parábolas, pero, cada vez de manera más inequívoca, es algo que supera las posibilidades del método histórico. Por el contrario, si a la luz de esta convicción de fe se leen los textos con el método histórico y con apertura a lo que sobrepasa, éstos se abren de par en par para manifestar un camino y una figura dignos de fe. Así queda también clara la compleja búsqueda que hay en los escritos del Nuevo Testamento en torno a la figura de Jesús y, no obstante todas las diversidades, [muestran] la profunda cohesión de estos escritos*”<sup>11</sup>. El hecho de que Ratzinger hubiera querido limitar de propósito su propio trabajo a mostrar que lo que dicen sobre Jesús los evangelios es de veras tan razonable que inclina a tener que aceptar que ello es verdad sin llegar a poder decir también desde el método empleado que es absolutamente verdad.

Esto se debe a que a partir de aquí se impone el tener que hallar un instrumento que posea un alcance mayor que el sentido y que la razón. Ése no será otro que la fe. Con total propiedad se pasará a hablar entonces de la fe sobrenatural, de ésa que Dios está dispuesto a dar gratuitamente a los que hacen lo que está en sí y sienten asimismo por puro acto de razón que no es falta de racionalidad que el hombre se sienta lanzado más allá de la razón desde la misma propia razón al no disponer de medios a su alcance para su consecución. ¿Dónde se halla aquí lo racional, es rendirse y decir absolutamente que el hombre lleva en su continuo progresar a tener que reconocer como intento de la razón el quedar inclinado a tener que seguir el camino de la fe? Este concreto camino nunca lo habría encontrado el hombre si Dios no lo hubiera mostrado gratuitamente y hubiera contribuido a que los hombres pudieran conocerlo. Nunca por cierto habrían encontrado los hombres esta meta si no hubieran contado con la colaboración decisiva de Dios.

El hombre que recorre el camino de la vida haciendo lo que está en sí se verá por supuesto gratuitamente ayudado en su recorrido por la gracia de Dios y llegará a dar finalmente con el camino que precisa, el de la fe. Recibirá la llamada de Dios a emprender el camino de la fe sobrena-

---

<sup>11</sup> RATZINGER, J. (BENEDICTO XVI), *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo de Jesús a la transfiguración* (Madrid 2007), 19.

tural y, juntamente con Dios, empezará a encaramarse por la senda de lo sobrenatural de forma que, si no decae o desfallece por su desconfianza, quedará conducido derecho a la gloria del cielo. A la razón no se le opone jamás la fe. De todas formas, un hecho cierto es que la razón termina en un momento dado siendo sobrepasada por la fe. Y las cosas son así. Es desde ella desde donde se ha de buscar eso que es posible alcanzar, eso que Cristo vino en su vida a enseñar a los hombres todos. El hombre debe respetar la razón y mantenerse un tiempo por supuesto en sus dominios. De todas formas, llegará el día en el que el creyente caminará también racionalmente por encima de la razón debido a que el instrumento de la razón no puede llevarle a solas hasta la meta pretendida, a la plena y definitiva posesión de Dios en el cielo.

Así las cosas, es la propia razón la que se hace en definitiva consciente de sus limitaciones. Es ella la que le abre la puerta a lo que de verdad es superior y más capaz. Por razón quizás del método y no sólo por verse uno anciano para una tarea de tan gran alcance dio a mi entender R a t - zinger un primer paso en este terreno dejando a otros la prosecución de su obra. ¿No se puede mostrar acaso la verdad y llegar a probarla incluso; es decir, alcanzar lo que los evangelios narran y que quedó comunicado a los Doce en unión con Pedro? Desde Ratzinger hasta el último de los fieles no hay más remedio que vivir dentro de la razón y seguirla. Ahora bien, la religión mostrada por Cristo es algo más y mucho más que la sola fe. Cuanto el Hijo de Dios hizo y dijo ante los Apóstoles es por supuesto razonable y en modo alguno se opone al sentido y a la razón; pero cierto es que su grandeza se encuentra precisamente en lo que se reveló ante la vista y el oído a los hombres al llevarles a éstos a tener que buscar lo que está más allá de la naturaleza.

Valioso es a este respecto el hecho de que la razón en modo alguno se opone a lo que no puede alcanzar ella por sí misma. De todas formas, mira a ello como algo que pudiera ser alcanzado. Lo contempla como algo a lo que la razón podría y debería abrirse de verdad. Los relatos evangélicos de la vida pública y de la infancia de Cristo no muestran únicamente lo que es natural al enseñar también a veces lo que es sobrenatural, hasta el punto incluso de que lo revelado no se opone de suyo a lo que alcanza el entendimiento natural. Ahora bien, ha llegado aquí el momento de preguntar cuál es ese camino superior al sentido y a la razón que hay que buscar y dar con él para superar la insuficiencia del sentido y también de la razón, situándose más allá de la sola racionalidad y quedar abierto así a pasar a

un estadio más alto sin rechazar por ello la razón natural y sin descartar que lo sobrenatural puede existir de veras en la realidad.

### **b) La Iglesia es una reunión**

Relatan los evangelios lo que dijo e hizo Jesús de Nazaret en su vida terrena. Tal es el fin auténtico de su historia, dar a conocer que él era una de las tres personas divinas. Concretamente, era el Hijo. Precisamente, el objeto de la historia de Cristo no es otro que dar a conocer que era en realidad una de las tres personas divinas, concretamente la del Hijo. El verdadero objetivo de la historia de Jesús de Nazaret fue el enseñar lo que el Hijo tenía que manifestar un día. Allí no aparecen sólo los hombres. También se muestra a los ángeles y, por supuesto, a la misma Santísima Trinidad. En estas obras sobre Jesús de Nazaret se abstuvo Ratzinger por supuesto de hablar de la Iglesia. Aquí es donde pienso yo que un tan gran teólogo prefirió no afrontar este tema pese a lo importante y decisivo que era el mismo. Y yo me paso ahora a preguntar si esta tan hermosa exposición en tres volúmenes no podía haber sido completada y aprovechada terminándola con un epílogo, al menos de la misma extensión que lo escrito sobre los relatos de la infancia de Jesús.

Y encuentro que, así como dio a conocer él un prólogo, ¿no habría sido conveniente dedicar también a ella una especie de epílogo que finalmente terminara hablando sobre la Iglesia, sobre la de Cristo concretamente? Queda, a mi entender, un tanto oscurecida ciertamente la vida y obra de Jesús cuando se omite hablar de la Iglesia, y no se expone lo que los evangelios dicen sobre ella. Cristo es por supuesto el maestro que enseña la fe cristiana a los Apóstoles en orden a que la aprendan y la comuniquen por la tierra toda. Quedó escrito: “*Id al mundo entero [dijo Jesús] y predicad el Evangelio a toda criatura. El que hubiera creído y hubiera sido bautizado se salvará*” (Mc 16,15-16).

Este término, la Iglesia, aparece únicamente en dos ocasiones en los evangelios. Ambas se encuentran en el evangelio primero. Dice el texto así: “*Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*” (Mt 16, 17-18). Más adelante aparece también la Iglesia: “*Si pecare tu hermano contra ti, marcha y repréndele a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos, para que por la palabra de dos o tres testigos sea fallado todo el negocio. Si los desoyere, comunícalo a*

*la Iglesia, y si a la Iglesia desoye, sea para ti gentil y publicano*” (Mt 18, 15-17).

Con el término griego de iglesia (con minúscula) se designa ciertamente a la reunión o asamblea convocada. Tal es también la asamblea que Dios convocó al principio de la historia de los hombres. Ellos a los que el propio Dios convocó no fueron otros que hombres. La Iglesia de Dios es así las cosas una realidad plural, formada al menos por varios hombres. Para que ella exista, preciso es que al menos hayan sido dos o tres las personas convocadas por Dios y también reunidas. Cuando se habla de la Iglesia de Cristo, de la que continúa y culmina la obra de Dios, no hay más remedio que reconocer que ella no es Dios solo. Al lado de Dios están dentro de la Iglesia necesariamente dos o tres personas que han sido convocadas. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, desde el principio hasta su final en la consumación del mundo, hay al menos en la Iglesia un grupo de personas agraciadas con la fe sobrenatural e infusa; es decir, regalada por Dios. Cuando se sostiene como ahora que desde el principio hasta el fin jamás ha de perecer la Iglesia, ha de entenderse ello de que al menos habrá siempre dos o tres hombres allí que se mantienen firmes en la fe. La Iglesia es en todo momento el grupo de los verdaderos creyentes.

Pero, ¿cuándo nació la Iglesia? Apareció ella antes de la encarnación de Cristo ciertamente. Hasta este momento en que Cristo apareció en la tierra existió la Iglesia de Dios, la del Antiguo Testamento. Con la llegada de Cristo a la tierra y con la reunión de los Apóstoles al lado de Pedro pasó la de Dios a ser la Iglesia en su plenitud; es decir, apareció a los ojos de los hombres del todo perfecta y acabada la que se llama precisamente la de Cristo porque a éste se la entregó Dios Padre. Desde Cristo y los Doce tuvieron los hombres a la vista a la única Iglesia pastoreada por un solo pastor. El primero de estos pastores fue precisamente San Pedro. A su muerte tuvo éste su sucesor heredando todo lo que Dios le había dado como pastor supremo y que había de durar hasta el fin del mundo.

Si se pregunta ahora cuál fue el primero de los fieles que murió como poseedor de la fe, de la sobrenatural e infusa por supuesto, se dirá que ése fue un hijo de Adán y de Eva: Abel. En modo alguno son colocados como los primeros creyentes que alcanzaron el morir en posesión de esta fe Adán y Eva. ¿A qué se debe esto? Cuando murió Abel, todavía vivían sus padres. Razonable es pensar entonces que, fue en el tiempo de Abel en el que existía ya ésta, cuando estaba la Iglesia, la de Dios por supuesto. Esto es así debido a que, en modo alguno, puede pensarse que la Iglesia hubie-

ra existido cuando sólo estaban en el mundo Adán y Eva. Aquí ha de tenerse en cuenta que nuestros primeros padres aparecieron en el paraíso terrenal sin fe y como pecadores salieron de él ya que habían desobedecido a Dios. Muy posible era entonces que a Adán y Eva, y luego por supuesto también a Abel, les obsequió Dios con el regalo de la fe sobrenatural e infusa conservándola hasta el momento de la muerte. Ahora bien, no puede dudarse de que, para entonces, padres e hijo, precisamente como poseedores de esta fe se hallaban dentro de la Iglesia. ¿Eran entonces estos tres, Adán, Eva y Abel, miembros de la Iglesia de Dios? ¿Bastaba ya por entonces sólo la fe para estar dentro de la Iglesia? Lo cierto es que en la llamada de entonces, como en la llamada después como la de la Iglesia necesaria es la gracia; es decir, la caridad.

Si Abel fue el primero en morir y requerirse al menos tres para morir, ¿hay razones para pensar que murió en gracia de Dios y que por tanto su desaparición no supuso la destrucción de la Iglesia porque que para entonces más de tres eran los que formaban la Iglesia? Verdad es que ésta comenzó un día; pero nunca ha de desaparecer mientras no haya llegado el día del fin del mundo. Dice la Sagrada Escritura que Caín mató a Abel y habla de la diferencia entre los dos hermanos: *“Por la fe conocemos que los mundos han sido dispuestos por la palabra de Dios, de suerte que de lo invisible ha tenido origen lo visible. Por la fe, Abel ofreció a Dios sacrificios más excelentes que Caín, y por ellos fue declarado justo, dando Dios testimonio a sus ofrendas, y por ella habló aún después de muerto”* (Heb 11,3-4).

Justo significa sin pecado. Murió entonces Abel no sólo con fe, sino también en gracia de Dios. La Iglesia de Dios empezó a existir muy pronto, cuando ya existía Adán y Eva juntamente con sus hijos, entre los cuales se encontraba el justo Abel. Para entrar en el cielo se precisa morir dentro de la Iglesia. Basta recordar aquí aquello de que sin fe es imposible agradar a Dios (cf. Heb 11,6), así como el dicho patrístico de que fuera de la Iglesia no hay salvación. Al decir la Sagrada Escritura que como justo murió Abel se está afirmando que reunía todos los requisitos para entrar en la gloria del cielo. Murió entonces dentro de la Iglesia, aunque no entró inmediatamente en el cielo ya que, como todos los santos o justos del Antiguo Testamento, tuvo que esperar a que Cristo bajara a los infiernos y antes de resucitar anunciara a todos que él era el único salvador. Fue el día de la resurrección de Jesús cuando estos santos o justos del Antiguo Testamento entraron tras Cristo triunfantes en la Iglesia del cielo.

Por cierto, cuando murió Abel ya existía la Iglesia de Cristo. En esta Iglesia única se distinguen dos etapas, una anterior y otra posterior. Una

caminando todavía hacia la perfección. A ésta se le denomina la Iglesia de Dios. La otra en posesión ya de la perfección es justamente la denominada como la Iglesia de Cristo. Repito, una sola es la Iglesia desde principio hasta el fin, ésa a la que se le denomina la de Dios y ésa a la que se le denomina la de Cristo. La primera no ha alcanzado todavía la perfección plena antes de la venida de Cristo. La segunda ya la ha alcanzado con éste. Lo cierto es que la única Iglesia nunca puede perecer; es decir, siempre será una comunidad convocada formada por los llamados a la santidad, la cual se adquiere y se mantiene estando dentro de la Iglesia. Por supuesto, a los que mueren dentro de la Iglesia; es decir, con fe sobrenatural, no les es suficiente morir con fe para poder dejar la Iglesia de la tierra y entrar en la Iglesia del cielo ya que quien muere con fe ha de morir además sin pecado mortal, en gracia de Dios. Sólo los justos o santos entran en la gloria del cielo y, ya en la gloria del cielo, gozan de la compañía sin fin viendo a Dios.

Fue Cristo quien dijo ante los Apóstoles que la Iglesia nunca había de sucumbir. Esto equivalía a afirmar que la Iglesia no había sucumbido en el pasado, cuando era llamada la Iglesia de Dios, ni había de sucumbir mientras existiera la Iglesia de Cristo. Esto lo expresó así el Señor: “*Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*” (Mt 16,18). Desde Abel pasando por Cristo y los Apóstoles se mantuvo en pie siempre la Iglesia. Y ésta se mantendrá ciertamente sin sucumbir hasta el fin del mundo. Ella nunca será destruida a pesar de los ataques lanzados contra ella por los herejes antes de Cristo y después de Cristo. Sean pocos o sean muchos, es cierto que los creyentes y justos formaran un grupo compacto tanto en la tierra (Iglesia de Dios o de Cristo) y en el cielo (Iglesia triunfante). Iglesia de los reunidos por la sola fe es la de la tierra. Iglesia del cielo es el grupo de los que no sólo poseen para siempre la fe, sino que a ellos nunca se les quitará la caridad.

Desde el momento en el que empezó a existir la Iglesia existió en la tierra un grupo unido y poseedor tanto de la fe como de la caridad. Y este grupo, más grande o más pequeño, nunca sucumbirá. ¿Por qué se ha dicho aquí que la Iglesia de Dios es la que todavía no había alcanzado la perfección plena y que esta perfección plena ya fue alcanzada en tiempos de Cristo y de los Apóstoles. Aquí pongo un ejemplo fácil de comprender y de aceptar. Antes de Cristo faltaba todavía algo en la Iglesia que no la hacía aparecer del todo perfectamente unida. En medio de ella existía un muro de separación. Lo dio esto a conocer San Pablo al escribir: “*Él*

[Cristo] *es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad [...], y reconciliándolos a ambos [al pueblo de los gentiles y al pueblo de los judíos] en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad*" (Ef 2, 14 y 16)<sup>12</sup>.

Un día se convirtió ésta más perfectamente en la única Iglesia de Dios debido a la destrucción del muro realizado por Cristo, el cual dividía a judíos y gentiles, convirtiéndose en la Iglesia del todo perfecta y única. Antes de la venida al mundo de Cristo aún le faltaba a ella quedar coronada en el vértice por una sola persona (Cristo) de modo que apareciera del todo clara su perfecta unidad. Una vez destruido el muro por Cristo quedaba totalmente claro que la Iglesia era una sola. De ello no había duda alguna. Existía un solo rebaño bajo la autoridad de un solo pastor. Antes de subir Cristo al cielo dejó éste muy claro quién había de ser su único pastor en la tierra. En él se tenía que ver con claridad cuál era la Iglesia. El primer pastor de la Iglesia de Cristo fue San Pedro. Ahora bien, un día murió. De todas formas, antes de marchar Cristo al cielo había regalado al Príncipe de los Apóstoles la primacía. Y como ésta tenía que persistir hasta el fin del mundo, claro era que lo entregado por Cristo a Pedro como el pastor había de pasar a otro que ocupara el puesto que había tenido San Pedro. Ciertamente, el sucesor de Pedro vino a heredar un ministerio que tenía que permanecer hasta la llegada del fin del mundo.

Antes de ascender Cristo al cielo realizó en presencia de los Apóstoles la promesa firme aquella de no abandonar jamás a los suyos dejados en la tierra. Y les dijo: "*Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he enseñado. Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*" (Mt 28,18-20).

---

<sup>12</sup> Apoyándome yo en teólogos españoles del siglo XVI, dejaba escrito: "No debe concebirse la unidad eclesial como algo estático e inmutable desde el principio y para siempre. La Iglesia única existió en todo momento. Ahora bien, alcanzó su unidad el grado más alto de perfección con la venida de Cristo. Los judíos llegaron a, contar con un Sumo Sacerdote; pero el mismo era desconocido por los gentiles. Es algo en coherencia con la Sagrada Escritura. Cristo fue quien anunció que llegaría un día en que se formaría un solo rebaño bajo un solo pastor. Unió a a judíos y gentiles en un pueblo perfecto. Para San Pablo fue Cristo quien hizo de dos pueblos uno solo cuando derribó la pared intermedia que separaba a judíos y gentiles" JERICÓ BERMEJO, I., *Una, sancta, catholica et apostolica. Según los manuscritos salmantinos del siglo XVI*. [CHICA, F. – PANIZZOLO, S. – WAGNER, H., *Ecclesia tertii millennii advenientis. Omaggio al P. Ángel Antón* (Casale Monferrato 1997) 907.

#### 4. El Espíritu Santo

Al ascender Cristo a los cielos quedaron los Apóstoles, incluido Pedro, como huérfanos. ¿Podían realizar de veras éstos lo que Cristo les había enseñado pacientemente ya que les costaba entender lo que les había descubierto? ¿Se equivocarían o no se equivocarían? ¿Cómo iban a enseñarlo todo cuando ellos mismos notaban que les podía fallar la memoria y, además, tenía cada uno que realizar su tarea a solas, sin tener a su lado a los demás? Muy preocupados quedaron ciertamente los Apóstoles cuando tras la resurrección se les anunció que iban a quedarse solos, sin la presencia de su maestro así como desconectados de los otros Apóstoles.

En tiempo intermedio entre la resurrección y la subida al cielo les instó continuamente el Jesús a no precipitarse. Tenían que esperar a que se cumpliera la promesa del Padre (Hech 1,4). Y el mismo Cristo reconocía que no estaban ellos del todo preparados para la tarea que les había mandado y tenían que realizar. Fue así las cosas cuando comenzó a insistir que confiaran ya que ellos no se equivocarían. Ya antes de padecer Cristo en la cruz había comenzado a hablar a los Apóstoles de un envío, el cual no era otro que el del Espíritu Santo.

##### a) El regalo de Cristo

Cuesta ciertamente admitir que los Apóstoles pudieron enseñar después de haber recibido el envío del Espíritu Santo que pudieran equivocarse en fe o en costumbres, así como pudieran perder la gracia de Dios. Ante el pesimismo de los Apóstoles por quedarse sin Jesús y ante la posibilidad de no poder cumplir bien con lo que éste les enseñó y les dijo: *“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro abogado que estará con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; vosotros lo conocéis, porque permanece con vosotros y está en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros”* (Jn 14,15-18). Y siguió diciendo con insistencia y repitiendo: *“Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí, y vosotros daréis también testimonio, porque desde el principio estáis conmigo”* (Jn 15,26-27).

Todas estas palabras de Jesús fueron dirigidas a los Apóstoles para que confiaran de verdad. Dijo: *“Mas ahora me voy al que me ha enviado y nadie de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os hablé es-*

*tas cosas, vuestro corazón se llenó de tristeza. Pero os digo la verdad: os conviene que yo me vaya. Porque, si no me fuere, el abogado no vendrá a vosotros; pero si me fuere, os lo enviaré. [...] Pero cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no os hablará de sí mismo, sino que hablará de lo que oyere y os comunicará las cosas venideras” (Jn 16,5-13).*

Pero, ¿de quién habla Jesús de Nazaret que se convertirá en el abogado o defensor de los Doce? Éste no era otro que el Espíritu Santo. Éstos a los que ha de guiar el enviado no son otros que los que han sido educados cuidadosamente por el propio Cristo. Los textos aquí reproducidos en modo alguno han de entenderse de modo tal que quede fuera de este grupo el Príncipe de los Apóstoles. Pero, esta asistencia del Espíritu Santo prometida por Cristo a los Doce con Pedro a la cabeza, ¿desaparecerá cuando hubieran fallecido los Doce? Éste asistiría no sólo a éstos, sino también a los que reemplazaran a los Apóstoles, a los obispos. El regalo del Espíritu Santo no es una asistencia personal, sino institucional. Ella ha de mantenerse en la tierra hasta el fin de los tiempos. Y llegó el día en el que murieron los Doce. En modo alguno desapareció entonces lo que depositó Cristo en los Apóstoles, particularmente en Pedro. Ello pasó a ser de sus sucesores, tanto de los Doce (los obispos) como de los de Pedro (el Papa).

Antes de que se produjera la muerte de todos los Apóstoles ya había quedado extendido por la tierra toda la sustancia de lo pertinente a la fe y a las costumbres. Al desaparecer los Apóstoles ocuparon, como se ha dicho, su lugar los obispos. Al morir San Pedro, le sucedió a éste el obispo de Roma. Ahora bien, quienes vinieron a suceder a los Apóstoles y a San Pedro ya no tuvieron el mismo poder que habían tenido antes los Doce. Los Apóstoles pudieron hacer por ejemplo la Sagrada Escritura; es decir, la del Nuevo Testamento. Ningún obispo, ni siquiera el sucesor de Pedro, tuyo ya poder para redactar la Sagrada Escritura. Tuvieron los Doce con Pedro a la cabeza un determinado poder; pero aunque éstos pudieron definir lo pertinente a la fe y a las costumbres, no lo tuvieron tan grande como lo tuvieron los Apóstoles y San Pedro.

El hecho de que todo hubiera quedado sustancialmente ya extendido hizo que fuera imposible traer alguna novedad alguna sustancial. De todas formas, tanto el sucesor de Pedro como los obispos que vinieron tras los Apóstoles, tuvieron la capacidad de defender la fe y las costumbres de tal forma que no desaparecieran. Fueron conscientes de que no podían fallar la transmisión de lo que siempre y en todas partes tenían que haber

mantenido. Y en orden a poder realizar este trabajo fue por lo que permaneció en la tierra hasta al fin del mundo en el ejercicio de la abogacía el Espíritu Santo. Ahora bien, ¿existió más autoridad en la Iglesia con los Apóstoles o cuando ella se quedó sin ellos?

Oportuno es pasar a reproducir ahora lo muy bien enseñado por el historiador alemán L. Hertling. Dice: “*Tenemos, pues, en el tiempo apostólico, una doble jerarquía, una jerarquía general y otra local. La jurisdicción general es ejercida por los apóstoles, o conjunta (concilio apostólico) o individualmente (Pablo, Juan, Pedro), o también por colaboradores de los apóstoles dotados por éstos de plenos poderes. [...] La jurisdicción local compete a los prepósitos locales instaurados en las distintas comunidades por los apóstoles, y obrando en nombre de éstos mientras estuvieron en vida. Con la muerte del último apóstol se extinguió la jerarquía general, y los presbíteros locales pasaron automáticamente a ocupar el puesto de auténticos obispos diocesanos. Esto no significa que la Iglesia se disgregara en pequeñas iglesias independientes: para ello estaba el especial ministerio de Pedro, que no se extinguió con su muerte, y la comunión fundada por el ministerio*”<sup>13</sup>.

La vida y obra de Jesús, tal como aparece por cierto en los libros de Ratzinger, queda ceñida a la Sagrada Escritura, tanto a la del Nuevo como a la del Antiguo Testamento. Lo que se refiere en los evangelios a Pedro, a los Apóstoles y a la Iglesia, ¿no aparece acaso en estos libros con cierta oscuridad? Aquí se ha reproducido el largo párrafo de Hertling y ello se ha realizado debido a la voluntad de mostrar con total entereza que fue Jesús de Nazaret precisamente quien llevó a su plenitud a la Iglesia al colocar al frente de ella a la persona concreta de San Pedro. Al marchar Jesús al cielo en modo alguno abandonó Jesús a la Iglesia. A los Apóstoles todos, comenzando por Pedro, les dio esta noticia: “*Y yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo*” (Mt 28,20). Una cosa digna de tenerse en cuenta es la de que no queda memoria de quién sucedió al apóstol San Mateo, al Apóstol San Felipe o al Apóstol San Matías; pero no faltó la memoria para recordar que a San Pedro lo sucedió el obispo de Roma. El ministerio que realiza Pedro y luego realizan por sucesión los papas supera a lo que heredaron por sucesión los obispos desde los Apóstoles. El ministerio episcopal continúa; es verdad, en los obispos hasta el fin del mundo. La obligación de éstos estará en todo momento al lado del sucesor de Pedro; es decir, del Papa.

---

<sup>13</sup> HERTLING, L., *Historia de la Iglesia* (Barcelona 1981) 18.

En este párrafo del historiador alemán aquí citado se ha aludido brevemente a los bautizados que vivían desde el principio formando una sola y única Iglesia y surge al respecto la pregunta de cómo se conocía con claridad cuál era la única Iglesia de Cristo, la extendida gracias a los Apóstoles por el mundo entero. La unidad de la Iglesia jamás quedó desintegrada debido a que se contó con persistencia continua del ministerio de Pedro y con la comunión reinante entre los fieles. Ahora bien, ¿acaso no se podría realizar un esfuerzo ahora y señalar con la mayor claridad posible dónde se halla eso llamado aquí la comunión?

Es también Hertling el que conviene tener presente. Ha dejado escrito: “Comunión *en el sentido que le daban los antiguos cristianos es la comunidad de los fieles, de los fieles con los obispos, de los obispos entre sí, y de todos con su cabeza. [...] Comulgar con los herejes significaba, en la antigüedad, recibir de ellos la Eucaristía. [...] Cuando un cristiano salía de viaje, recibía de su obispo una carta de recomendación, una especie de salvoconducto, en virtud del cual siempre que llegaba a una comunidad de fieles, era acogido amistosamente y alojado de balde. [...] Para demostrar la pertenencia a la Iglesia el argumento habitual consistía en alegar que se estaba en comunión con la gran mayoría de obispos: es miembro de la Iglesia el que está en comunión con casi todos los obispos, o también el que lo está con uno solo, de quien consta que posee la comunión de los demás. Pero se necesita un último y decisivo criterio con el que, en caso de duda, pudiera acreditarse la pertenencia a la comunión, y este criterio era la comunión con Roma*”<sup>14</sup>.

La Iglesia en la tierra, la de Dios y la de Cristo, es siempre una sola. En el tiempo de la plenitud empezaron formándola los Apóstoles enviados al mundo entero y entre ellos estaba por supuesto Pedro. ¿Qué sucedió, se pregunta a continuación, cuando murieron los Apóstoles, Pedro incluido? Aquí se ha dicho una y otra vez que sus puestos los ocuparon los obispos y fue a uno de los obispos al que le correspondió suceder precisamente a Pedro, al de Roma. De éste heredaron los papas los dones todos que antes de morir entregó Cristo a cada apóstol para que llegaran a sus sucesores. Ahora bien, al obispo de Roma no le correspondió únicamente lo que tocaba a todo Apóstol. Le correspondió además aquello que sólo se entregó a Pedro para que ello fuera transmitiendo hasta el fin del mundo. Y es aquí donde entra lo tocante a su ministerio y comunión. Dicho con otras palabras, pasó el obispo de Roma a heredar el ser el cen-

---

<sup>14</sup> HERTLING, L., *Ibidem*, 41-46.

tro de la unidad de la Iglesia. Quien estaba con Pedro (con el Papa) se hallaba ciertamente dentro de la Iglesia de Cristo y rompía por supuesto con Roma quien caía por desgracia en la herejía quedando automáticamente fuera de la única Iglesia. Este ministerio y esta comunión las entregó Jesús de Nazaret a San Pedro y tras su muerte pasaron a su sucesor. Y no hay que olvidar en este momento que esta sucesión había de durar hasta el fin del mundo. ¿Es entonces cierto, se pregunta ahora, que esta entrega se realizó a Pedro intencionadamente y que ella la hizo personalmente Jesús de Nazaret? De esto es de lo que hablan por cierto los evangelios. Son éstos por supuesto los que mencionan a Pedro y a la Iglesia.

### **b) San Pedro y el Papa**

San Mateo cuenta de modo explícito: *“Viniendo Jesús a los términos de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? [...] Y él les dijo, ¿quién decís que soy? Tomando la palabra Simón Pedro dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús respondiendo dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos”* (Mt 16,13 y 15-19). En otro momento se permitió decir Jesús también en presencia de los Doce: *“Simón, Simón [Pedro], Satanás os busca para ahecharos como trigo; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos”* (Lc 31-32). Finalmente así cuenta las cosas el cuarto evangelio: *“Cuando hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? [...] Le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Díjole Jesús: Apacienta mis ovejas. [...] Después añadió: Sígueme”* (Jn 21, 12. 17 y 19).

Aquí se ha recalcado ya que la Iglesia es una sola. No hay más. Se ha dicho al principio también que, siendo una sola, consta de varias personas. Desde que empezó a existir al principio, en tiempos de Abel, hasta que ha de desaparecer al fin de los tiempos, no hay duda de que en ella habrá un número plural de personas. Y es que una sola persona no hace la Iglesia. Importante y decisivo es a este respecto que el Papa se halle dentro de la Iglesia. También lo es sostener que, estando éste solo, él no es la Iglesia. La reunión que se forma alrededor del Papa delata a las claras cuál es la Iglesia y dónde con seguridad está. Son los herejes por supuesto los que

están en cierta manera abiertos a aceptar la existencia de la Iglesia; pero lo que ellos nunca están dispuestos a aceptar es que la Iglesia de Cristo sea la que está reunida alrededor del Papa. Precisamente, lo que distingue a los herejes y a los cismáticos es negar la obligación que sobre ellos cae de adherirse a la Iglesia de Cristo; es decir, tener que adherirse firmemente a la reunión presidida por el obispo de Roma. El ver a éste es lo que lleva con total seguridad a única y verdadera Iglesia. A quienes son herejes les gusta decir con frecuencia eso de que la Iglesia es invisible. Y dicen que lo es por no estar dispuestos en manera alguna a aceptar que a la Iglesia se le conoce con total seguridad desde el reconocimiento del Papa.

Aquí se ha hablado ya de que la edificación de la Iglesia llevó su tiempo. Puede recordarse lo dicho; es decir, que la plenitud de la Iglesia tuvo lugar cuando ella llegó a ser tanto para judíos como para gentiles. Ciertamente, la única Iglesia empezó a existir cuando llegó el momento en el que los creyentes todos aceptaron la suprema autoridad del que fue colocado por Cristo al frente de ella; es decir, cuando todos los creyentes aceptaran la autoridad de Pedro. *“El proceso fundacional [de la Iglesia según dice Hertling] empieza ya cuando Cristo llamó a los Apóstoles, prosigue con la designación de Pedro como piedra fundamental de la Iglesia, con la instauración de los sacramentos, y llega a su consumación cuando los Apóstoles, después de la resurrección, empiezan a poner en obra los mandatos del maestro”*<sup>15</sup>.

Se ha hablado del significado de Pedro y de los Apóstoles en la formación de la Iglesia de Cristo. Se ha mencionado asimismo cómo se pasa en su construcción desde los Apóstoles hasta los obispos y, particularmente, desde Pedro hasta los consiguientes sucesores de éste. Llega entonces el momento de tener que decir que esto ocurrió tras la ascensión de Cristo a los cielos. Se trata de algo sobre lo que Jesús de Nazaret instruyó a Pedro, a los Apóstoles y, no se han de descartar tampoco, a los llamados por sus discípulos. Sin esta instrucción previa cuesta, es verdad, comprender el modo como se desarrollaron las cosas antes y después de la muerte de los Doce. Enseñó Jesús a los Apóstoles al parecer algo tan sencillo como que, cuando murieran los Doce, pasarían a ocupar sus puestos los obispos y que, al desaparecer Pedro, tendría lugar de inmediato la sucesión de éste en una persona que no sería otra que el obispo de Roma.

---

<sup>15</sup> HERTLING, L., *Ibidem*, 15.

En la Iglesia existe el poder de premiar y el de castigar. Lo otorgó ciertamente Jesús de Nazaret antes de su ascenso a los cielos. Dijo: “*En verdad os digo, cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo y cuanto desatareis en la tierra quedará desatado en el cielo. Aún más: os digo en verdad que si dos de vosotros convinierais sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os la otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*” (Mt 18,18-20). Innegable es asimismo que desde el principio fue la Iglesia visible, tanto la de del Antiguo como la del Nuevo Testamento. Quedó escrito: “*Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndele a solas. [...] Si no los escucha [a dos o tres testigos], comunícalo a la Iglesia, y si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil y publicano. En verdad os digo que cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo y cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo*” (Mt 18,15.17-18). Cuesta poco así las cosas comprender por qué es ella visible. Y ello es claro ya que, si fuera invisible, ¿cómo iba a ser posible eso de poder imponer ante ella la mencionada denuncia?

¿Fue fundada de veras la Iglesia en el sumo grado de perfección? Se responde simplemente a esta pregunta reproduciendo lo también dicho por Hertling: “*Algunos críticos modernos se han empeñado en intercalar, entre los Apóstoles y las ulteriores comunidades episcopales, un período de informes movimientos de masas, planteando así un problema que se ha hecho clásico en la teología no católica: ¿cómo y cuando surgió el episcopado monárquico? La intención de esta pregunta no puede ser más clara: Cristo no fundó Iglesia alguna, sino que sólo aportó una doctrina, unas ideas. Es verdad que sobre la base de tales ideas se ha desarrollado lo que llamamos Iglesia, pero ésta se ha convertido en algo totalmente distinto de lo que Cristo se había propuesto. Ocurre, empero, que semejante teoría sólo es sostenible a costa de prescindir por completo de las fuentes, o de torcerlas hasta hacerles decir algo distinto de lo que realmente dicen*”<sup>16</sup>.

Cuesta poco recordar hoy en día también el grito aquel salido desgraciadamente de bocas católicas en el último cuarto del siglo XX cuando se pasaba a decir olímpicamente aquello de Cristo sí, pero Iglesia no. Semejante grito, así lo pienso yo, pudo surgir de gargantas católicas y ellas además desorientadas. ¿Cómo se puede aceptar que se pueda llegar certeramente hoy a Cristo si no se acepta también a la Iglesia, si no se atiende a lo que enseña ese grupo de fieles que se haya reunido alrededor del Sumo Pontífice? Soy yo quien atreví a escribir lo que ahora sigue. Dice así:

---

<sup>16</sup> HERTLING, L., *Ibidem*, 19.

*“Al inicio del siglo XX aparece precisamente un católico. Publica éste unos estudios que ha obtenido desde la aplicación [de la teoría] de las dos fuentes. Ahora bien, publica asimismo el resultado de sus investigaciones. En contra de lo esperado ofrece una conclusión del todo sorprendente. Hace responsable y culpable precisamente a la Iglesia, a la comunidad de los cristianos del siglo I, de haber obrado de tal forma que resultara ahora casi imposible poder saberse lo que enseñó Cristo de veras a los Apóstoles. Este católico no era otro que el francés A. Loisy (1857-1940). Y fue la entrada de éste en un debate sostenido en definitiva hasta entonces entre protestantes y en tierra alemana lo que hizo que, en cierta manera, entrara el catolicismo como tal en un terreno que era propio del protestantismo hasta entonces”*<sup>17</sup>.

Es ahora cuando viene la pregunta de por qué quiso Ratzinger realizar un ofrecimiento a todo el que tuviera interés en acceder a la vida real de Jesús de Nazaret, tanto a la pública como a la familiar. ¿Era mucho por supuesto lo que los entendidos en Sagrada Escritura, en la del Antiguo y del Nuevo Testamento, por parte de católicos y no católicos, incluso por personas que se declaraban sin fe, se había aportado ya en el pasado siglo XX al conocimiento de la vida del Hijo de Dios? Y dicho esto se pasa a decir aquí que, pese a la existencia de algunos avances que se han producido, no son ellos muchos. Creo yo que, si Ratzinger quiso ofrecer sus propios detalles de interés sobre la vida pública y la de la infancia de Jesús de Nazaret, lo hizo por tener la impresión de que estos estudios ya habían quedado estancados. Así las cosas, difícilmente se podían obtener resultados si se mantenía el principio rígido de que la historia sólo ayuda cuando se mantiene en lo accesible a los sentidos y a la razón. Es ésta por supuesto la barrera que de una vez por todas hay que superar derribándola.

Debe bastar señalar aquí que lo natural es ciertamente capaz de penetrar de alguna manera en lo sobrenatural, así como a la inversa ha de decirse que lo sobrenatural penetra en ocasiones en el dominio de lo natural. Jesús de Nazaret quiso mostrar abiertamente a todos quién era él. Y respondía que era el Hijo de Dios. Esto fue lo que enseñaron los evangelistas y ello lo aprendieron y oyeron desde los dichos y hechos que Cristo atestiguó en su paso por la historia aquí en la tierra. El Hijo murió y resucitó. Se llegó así a la conclusión de que Cristo era Dios verdadero y hom-

---

<sup>17</sup> JERICÓ BERMEJO, I., *Jesús de Nazaret. Una especie de prólogo a un escrito de Joseph Ratzinger*: La Ciudad de Dios 325 (2012) 121.

bre verdadero. Presentar entonces así las cosas a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad es una realidad ciertamente ocurrida en la historia. En modo alguno puede pretenderse escribir la vida real de Jesús atendiendo sólo a los datos que están sólo del lado de los sentidos y de la razón. El más allá, lo sobrenatural, acaece también, no se olvide, en el campo de la historia.

## 5. Final. A modo de epílogo

Antes de morir, ¿habían enseñado por el mundo entero los Apóstoles la fe sustancial toda; en una palabra, todo la referente a Cristo? De vez en cuando surge la idea de que, tiempo después de la muerte de los Doce, hubo necesidad en la Iglesia de extender todavía más lo que de fe se debía aceptar sobre Cristo. ¿Se puede tratar de justificar esto? ¿Acaso no afirma claramente el símbolo conocido como el Apostólico que no sólo el Padre, sino también el Hijo y el Espíritu Santo es verdadero Dios? ¿Qué es entonces lo que ocurrió para que, muertos los Apóstoles, no hubiera un día más remedio que tener que celebrarse el concilio de Nicea I (325)? ¿Es acaso de recibo dar a entender que murieron los Doce sin haber enseñado que el Hijo era Dios verdadero, como lo era el Padre?

Con el correr del tiempo llegó ciertamente el día en el que aparecieron herejes que quisieron demostrar que la verdad no era otra que la de que únicamente el Padre era Dios verdadero. A partir de aquí poco costaba extraer la conclusión de que el Hijo, así como tampoco el Espíritu, eran Dios, verdadero. Se tenía que extraer la conclusión a lo sumo de que estos dos no eran más que dioses falsos. En pocas palabras, se olvidaba o se quería olvidar entonces aquello lo que los fieles habían confesado al recibir el bautismo desde los Apóstoles: que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que el Espíritu Santo es Dios. Un solo Dios verdadero, pero tres personas distintas. Verdad era que no había tres Dioses (con mayúscula); pero bastó esto para preguntar si de veras se podía enseñar que, si el Padre era Dios, lo era también el Hijo y hasta el Espíritu Santo, ¿no implicaba ello la existencia de tres Dioses. ¿Presentaron o no presentaron los Apóstoles allí donde predicaron la buena noticia del Evangelio que efectivamente el Hijo era verdadero Dios o no lo predicaron? El caso es a este respecto que ante los Apóstoles había pedido Jesús en Cesarea de Felipe un día que se le dijera quién era de veras el Hijo del hombre; es decir, el propio Jesús. Los presentes le dieron una contestación un tanto vaga.

De todas formas fue San Pedro el que rotundamente respondió de forma precisa.

¿Qué es lo que dijo? Según el evangelio segundo contestó Pedro así: “*Tú eres el Cristo*” (Mc 8,29). El tercer evangelio contestó que “*era de Dios Cristo*” (Lc 9,20). Fue con todo el primer evangelio el que escribió la respuesta más larga y más profunda diciendo: “*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*” (Mt 16,16). Por supuesto, Mateo, Marcos y Lucas se hicieron eco en tres formas distintas de la confesión de Pedro sobre quién era Jesús de Nazaret. Las tres respuestas pasaron a la historia como la de San Pedro. Ahora bien, la respuesta que tanto el segundo evangelio como el tercero transmitieron era algo ciertamente verdadero; pero, ¿a qué se debía que sólo el primer evangelio terminara diciendo con toda nitidez y claridad que él era el Cristo, el Ungido de Dios o el Mesías, el Dios vivo

¿Me debo atrever yo a decir ahora que las tres versiones dicen idénticamente lo mismo? Mi opinión al respecto es que, oyeran o lo que oyeran, debe aceptarse que quienes lo escribieron lo hicieron acomodándolo a lo que ellos entendían por entonces de lo que era Jesús. Marcos dice sin dudar que era Cristo; es decir, el Ungido o el Mesías. Ciertamente, eso era por supuesto Jesús. Acertó entonces Marcos; pero pienso que podía haber dicho más. Eso era Jesús; pero en realidad era más. Lucas dijo que él era el Cristo de Dios. Esto era prácticamente ello lo mismo que había dicho Marcos. Así las cosas, si acertó el segundo, también acertó el tercero. La respuesta que escribe Mateo es más larga. Éste no dice sólo que es Cristo, sino que siendo Cristo es también Dios vivo. A ni entender Marcos y Lucas ha dado una respuesta correcta, pero superficial. La de Mateo es doble. La primera es superficial y la segunda profunda. Jesús no es sólo el Mesías esperado ya que, además de ser esto es Dios vivo.

Pero, ¿de dónde sacó Pedro que Jesús era precisamente el Hijo. Por cierto, esto ya lo había dicho porque Cristo lo había hablado de que era Dios vivo? ¿Acaso no decía Jesús en sus predicaciones por Palestina aquello de que el era un hijo de hombre; es decir, un hombre? Aquí en modo alguno se quiere dar a entender que Cristo fuera solo hombre. Por supuesto, era hombre; pero lo era sin haber dejado de ser Dios. Y lo decisivo es que esta respuesta de Pedro consistente en decir que era hombre (Cristo) y Dios, era la que aprobó Jesús. Y a mí no me cabe duda de que fue el Señor el que calificó con nota de diez la respuesta de Pedro al decirle: “*Bienaventurado ti, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos*” (Mt 16, 17). Pedro había acertado de pleno. Ahora bien, ¿de dónde había extraído su

respuesta? ¿Acaso sólo de su propio discurrir? No me atrevo a extraer esta conclusión y me contengo debido a las propias palabras de Jesús.

Si Pedro dio entonces la respuesta plena como efectivamente, nunca debe usarse para quitar mérito a la de Marcos y a la de Lucas en cuanto hombres que eran. Por cierto, esto que respondió Simón Pedro no lo había extraído él desde su propia y sola inteligencia; es decir, desde la carne y la sangre. Ello había sido confesado por revelación misma del Padre. Es verdad que en modo alguno hay que quitarle mérito a Pedro ya que fue precisamente a él quien Dios le había descubierto la respuesta exacta y pienso yo que el Padre se la reveló porqué de todos era el príncipe de los Apóstoles el que, sin disminuir a Marcos y Lucas, se la merecía hasta el punto de ser denominado por Cristo como bienaventurado. Y me permito añadir que aquella aseveración de San Pedro había sido producida desde una introducción de lo sobrenatural en lo natural; es decir, se habría visto recompensado con una realidad que de suyo, y desde sus propias fuerza, ningún hombre era capaz de producir; pero que, de todas formas tuvo lugar. Así las cosas era claro entonces que los Apóstoles todos tenían por entonces a Jesús como el Cristo o el Mesías que esperaban. Y lo decisivo a mi entender era que Dios mismo se había servido de Pedro para que quedara claro a todos qué tenían que contestar si se les hacía otra vez la misma pregunta. Sencillamente, no bastaba con decir que era el Cristo. Preciso era terminar diciendo que el Cristo que era, era Dios.

Las cosas siguieron discurriendo así Y continuó el discurso Mateo: *“Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y al tercer día resucitar. Pedro, tomándolo aparte, se puso a amonestarle, diciendo: No quiera Dios, Señor, que esto suceda. Pero él. Volviéndose, dijo a Pedro: Retírate de mí, Satanás; tú me sirves de escándalo, porque non sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres”* (Mt 16, 21-23; cf. Mc 8,31-33; Lc 9,21-22). Y ésta tuvo que ser ciertamente la situación en la que quedó Pedro. Ni más ni menos que lleno de confusión. ¿Por qué se preguntará aquí? Sencillamente, porque si el Mesías era Dios, ¿es que acaso podía morir? De veras, parecía lógico que deducir, incluso del todo obligado, que Jesús por ser Dios, verdadero Dios, no podía morir. Pero, ¿no era esto lo que Jesús le había dicho que iba a suceder, que pese a ser Dios moriría ignominiosamente en la cruz?

Poco más adelante se propuso realizar Cristo una revelación no sólo a Pedro, sino también a Juan y a Santiago. Su intención al parecer era que

no sólo el del Príncipe de los Apóstoles, sino también los hijos de Zebedeo presenciaran la revelación divina de quién era efectivamente el Hijo de Dios. Y así lo dejó escrito también San Mateo: “*Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto. Y se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías. Aún estaba hablando, cuando los cubrió una nube resplandeciente, y salió de la nube una voz que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle. Al oírla, los discípulos cayeron sobre el rostro, sobrecogidos de gran temor. Jesús se acercó, y tocándolos dijo: Levantaos, no temáis. Alzando los ojos no vieron a nadie, sino a Jesús. Al bajar del monte les mandó Jesús, diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos*” (Mt 17,1-9; cf. Mc, 9,1-10; Lc 9,28-36).

Ahora bien, ¿dejaría Pedro morir a Cristo? ¿No era acaso su deber morir si era preciso por él? ¿No le correspondía el luchar con la espada si era preciso para que no muriera y, si en este combate fallecía, no habría demostrado con hechos su mucho amor a Cristo? Después de la institución de la Eucaristía “*y dichos los salmos, salieron camino del monte de los Olivos. Entonces les dijo Jesús: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, porque escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas de la manada. Pero después de resucitado os precederé a Galilea. Tomó Pedro la palabra y le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo jamás me escandalizaré. Respondióle Jesús: En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Díjole Pedro: Aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Y lo mismo decían todos los discípulos*” (Mt 26,30-35).

De todos es sabido y reconocido que Pedro no cumplió esta su palabra. Lo que se cumplió fue que, en contra de lo que esperaba, se acobardó y negó a Cristo hasta tres veces, lo cual le hizo llorar amargamente y llevó en adelante lo hecho muy clavado en su corazón. Pero, ¿podía ser este pescador de Galilea aquél sobre el que Cristo había manifestado que encima de él edificaría su Iglesia? Pero le había sido enseñada esta lección sobre todo y precisamente a Pedro. Así las cosas, debía dejarse guiar también por la revelación de Dios como lo hizo en Cesarea de Filipo. Y sabido de todos es que este pescador de Galilea quedó nombrado antes de ascender Cristo a los al cielos como el pastor de las ovejas y de los cordeles de la Iglesia (Cf. Jn 21,15-17).

¿Pudo cumplir Pedro aquel deseo suyo de acompañar a Cristo a la muerte; es decir, se le concedió la gracia de poder morir en la cruz? Los historiadores colocan la muerte de Pedro en Roma, durante la persecución de Nerón (64-68 d. C.). El cuarto evangelio dice expresamente sobre esta muerte las siguientes palabras: “*Cuando eras joven, tú [Pedro] te ceñías e ibas a donde querías; cuando envejecas, extenderás tus manos y otro te llevará a donde no quieras. Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Después añadió: Sígueme*” (Jn 21,18-19). Y surge así la pregunta de si únicamente a Pedro, a Juan y a Santiago, además de a los Apóstoles, les mostró Cristo que él era el Hijo de Dios. Verdad es que la enseñanza de esta verdad no resultaba fácil. Costaba aceptarla. De todas formas, ya se ha dicho aquí que lo sobrenatural entra también dentro de la historia.

Llegó de todas formas el día, antes por supuesto de ser clavado en la cruz, en que Cristo se enfrentó cara a cara con los judíos dándoles la prueba fehaciente de lo que era, el Hijo de Dios. Lo cuenta el cuarto evangelio: “[A Jesús] le rodearon los judíos y le decían: *¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si eres el Mesías, dínoslo abiertamente. Les respondió Jesús: Os lo dije y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. [...] De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearlo. Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondieron los judíos. Por ninguna obra te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús replicó. Si llama dioses a aquéllos a quienes fue dirigida la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, a aquél a quien el Padre santificó y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios. Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre. De nuevo buscaban cogerlo pero él se deslizó entre sus manos*” (Jn 10,4-37).

¿Puede admitirse eso de que Cristo no enseñó a los Apóstoles la verdad de que era efectivamente el Hijo de Dios? A este respecto viene muy a cuento lo que dejó escrito Ratzinger en su primer libro de los tres dedicados a Jesús de Nazaret. Este su largo trabajo primero lo terminaba con este largo párrafo: “*Hemos encontrado tres expresiones en las que Jesús oculta y desvela al mismo tiempo el misterio de su propia persona: Hijo del hombre, Hijo, Yo soy. [...] En las tres se presenta la originalidad de Jesús, su novedad, lo que es exclusivamente suyo y a nadie más se puede aplicar.*

*Por eso, las tres expresiones sólo pueden salir de su boca [...]. Por eso ninguna de las tres podría ser, tal como eran, una simple fórmula de confesión de la comunidad de la Iglesia naciente. Esta [comunidad] ha reunido el contenido de las tres expresiones centradas en el Hijo en la locución Hijo de Dios, apartándola así definitivamente de sus antecedentes mitológicos y políticos. Sobre la base de la teología de la elección de Israel adquiere ahora un significado totalmente nuevo, delineado en los textos en los que Jesús habla como el Hijo y como Yo soy. [...] El primer concilio de Nicea (325 d. C.) utilizó para ello el término consustancial (homooúsios). Este término no ha helenizado la fe, no la sobrecarga con una filosofía ajena, sino que ha permitido fijar lo incomparablemente nuevo y diferente que había aparecido en los diálogos de Jesús con el Padre. En el Credo de Nicea, la Iglesia dice siempre de nuevo a Jesús, con Pedro: Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16)<sup>18</sup>.*

La verdad de que Cristo es Dios verdadero no hunde sus raíces más que en Cristo. Él fue llamado ciertamente el Hijo de Dios, Dios verdadero. Si los Apóstoles lo pregonaron por el mundo entero, ello se debió a que así lo habían experimentado en su contacto constante con Jesús. Si finalmente fue el concilio de Nicea I (325) el que definió que Cristo era de la misma naturaleza del Padre, no se hizo por ser hasta entonces desconocido. Fue definido por haberlo dicho durante su estancia en la tierra el propio Cristo. Lo habrían oído los propios Apóstoles y lo habrían oído asimismo incluso los judíos. En pocas palabras, ello fue finalmente definido porque así lo sostenía desde el primer momento la predicación evangélica de la Iglesia. Fueron los obispos con San Pedro a la cabeza quienes recordaron constantemente a todos no sólo que el Hijo era verdadero Dios tal como lo era el Padre, sino que además era Dios como lo era el Padre; es decir, Dios verdadero.

Por desgracia puede haber todavía hoy quienes se atrevan a decir que la expresión *homooúsios* es una creación griega y que ella sólo fue admitida en la Iglesia a partir del siglo IV. No faltan, lo vuelvo a decir, atrevidos a la hora de interpretar este dogma de acuerdo con sus ideas equivocadas. Antes de subir al cielo ya había mostrado Cristo a los Apóstoles que él era ciertamente el Hijo de Dios y que su deber no era otro que anunciar esta buena noticia por el mundo entero. Y así las cosas me permito poner término a este artículo recordando lo que quedó escrito en el

---

<sup>18</sup> RATZINGER, J., 409-410. *Jesús de Nazaret. I. Desde e el bautismo hasta la transfiguración* (Madrid 2007) 409-410.

evangelio de San Juan. Ciertamente es que temblaron los Apóstoles cuando cayeron en la cuenta de que tendrían que marchar por el mundo entero. Y por eso merece la pena detener la marcha un momento anotando que dijo Cristo a los Apóstoles: “*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro abogado que estará con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir*” (Jn 14,15-17). ¿Cuál fue entonces el deber del Espíritu Santo cuando fue enviado por Cristo a hacer de abogado por los Doce? Lo dice el propio Jesús: “*Os he dicho estas cosas mientras permanezco entre vosotros, pero el abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que os he dicho*” (Jn 14,25).

¿Se deduce entonces acaso de este pasaje que, teniendo ya la Iglesia, con Apóstoles o sin Apóstoles, al Espíritu Santo, nada ocurre si se llegaran éstos a olvidar por un caso lo que les enseñó precisamente Cristo? El cometido del Espíritu Santo, así se lo enseñó el Maestro a los Doce, no fue otro que enseñarlo todo y traer a la memoria todo lo que Cristo había dicho y hecho. A este abogado enviado desde el cielo a la tierra le incumbe por supuesto el deber de procurar que no se enseñe nada que no hubiera encomendado Cristo. Lo dijo el Señor: “*Cuando venga el abogado que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí, y vosotros daréis testimonio también porque desde el principio estáis conmigo*” (Jn 15,26-27). Y las cosas son sencillamente así, que el cometido del Espíritu Santo no es enseñar algo que no hubieran oído o dicho los Apóstoles. Lo suyo será siempre hasta el fin del mundo mantener en todo momento y recordar lo realmente enseñado a los Doce por Cristo.